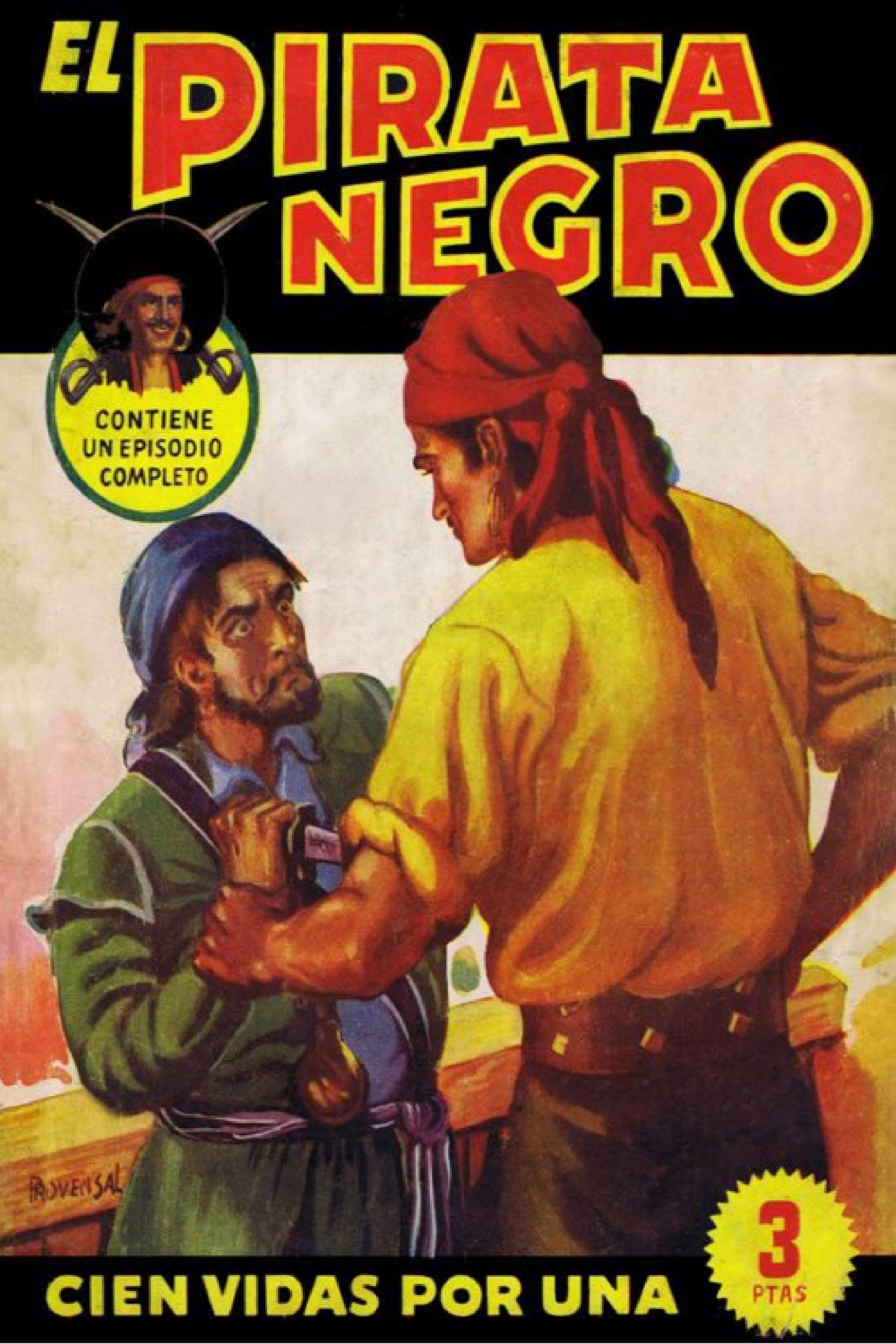
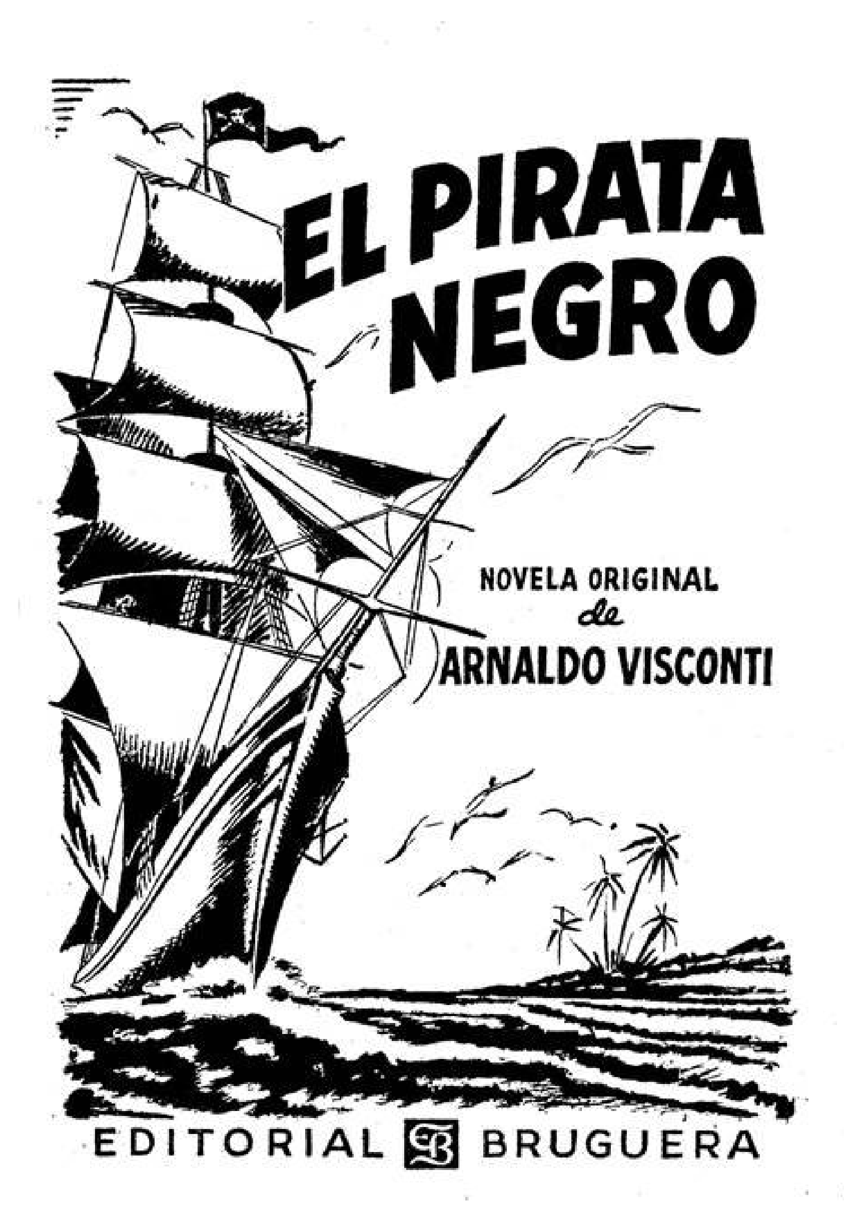

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
CIEN VIDAS POR UNA


EL PIRATA
NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

CIEN VIDAS POR UNA

Colección El Pirata Negro n.° 07

Primera edición 1946

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
Mora de Ebro, 92 y 94 — BARCELONA


CIEN VIDAS por UNA

CAPÍTULO PRIMERO La ciudadela pirata

La siniestra piratería conocida bajo el nombre de "Los Hermanos de la Cosía” era una discordante cofradía de asesinos salteadores de mar y puertos, que por azares de casuales encuentros, o para unirse aumentando su fuerza, se asociaban pactando permanente unión... que duraba a veces solamente meses.

Pero en las postrimerías del siglo diecisiete las escuadras españolas y los corsarios franceses e ingleses, formaban una poderosa amenaza contra los piratas que navegaban aislados, y el afán de eludir el nudo corredizo de cáñamo o el hacha del verdugo del rey, impulsó a los piratas a reunirse en asociaciones que, si bien tempestuosas en su confraternidad, les permitían dormir sin la zozobra de un despertar violento en poder de infantes españoles o corsarios franco-ingleses.

Y los piratas fueron eligiendo para asentarse mientras no navegaban distintos lugares en tierra que les ofrecieran garantías. Y así como— las arañas abundan donde hay grietas y escondrijos, instaláronse los piratas por donde un nido de islas les invitaban con sus caletas protegidas, sus bajíos y la profusión de farallones, rocas y arrecifes, que, en suma, les concedían lo que era tan preciado para su sangriento comercio: facilidades para espiar el paso do los mercantes, para atacar de sorpresa... y para escapar en caso de inminente peligro.

Cuatro jefes piratas de distinta nacionalidad eligieron un seguro refugio en una bahía del norte de la rocosa isla de las Tortugas, que distaba unas cien millas (le la costa noroeste de La Española.

François Le Clerc, jefe bucanero; Bill. Paunchy, maleante

evadido y oriundo de Nueva Inglaterra; Joe Bird, inglés de Liverpool, y Tristán Martos, “El Antillano”, aunaron sus fuerzas, entendiéndose todos ellos verbalmente a la perfección empleando el “bechemer”, el lenguaje de todos los mares, mezcla de español, francés e inglés[1].

Bill Paunchy, el americano del Norte, poseía, además de una gran panza que le valía el remoquete, un aparente humorismo bonachón, y la ciudadela que fué naciendo en el lugar elegido recibió por nombre: “La Fraternidad"

Bajo la sabia administración de François Le Clerc, que cuidábase de la parte comercial de compra y venta, “La Fraternidad” prosperó. Y a ella arribaban aventureros franceses e ingleses de toda clase, marinos prófugos, cultivadores, bucaneros...

Los cuatro jefes piratas erigidos en cuatriunvirato dictaban la ley y eran respetados como cualquier otro gobierno legal de ciudades civilizadas. Si el voto de François Le Clerc valía doble que el de los tres restantes jefes piratas, debíase a que, aparte de la inteligente administración del francés, sus bucaneros eran los primeros que, al ser expulsados sangrientamente de La Española, habíanse instalado en aquel paraje, artillando sus cumbres.

Antes de que Bill Paunchy bautizase el lugar con el nombre de “La Fraternidad” y que con los dos otros jefes piratas pactase unión con François Le Clerc, en aquella bahía protegida sólo vivían los bucaneros. Eran una singular comunidad de salvajes y zaparrastrosos franceses, insolentes y fieros. Vestían pieles empapadas en la sangre de los animales que sacrificaban.

Usaban botas de piel de cerdo y cinturones de cuero crudo, donde introducían sus saldes y cuchillas. Eran cazadores de oficio y salvajes por hábito; perseguían ganado salvaje, con cuya carne traficaban, siendo para ellos el manjar favorito el tuétano crudo de los huesos machacados de las bestias que mataban. Comían y dormían en el sucio, empleando por mesa una piedra; sus almohadas eran troncos de árboles y su techo el cálido y rutilante cielo de las Antillas.

Tales eran los pobladores que, acaudillados por François Le Clerc, consintieron en la alianza con las fuerzas piratas de Bill Paunchy, Joe Bird y Tristán Martos.

Y cuando las cuatro naves piratas emergían amenazadoras al

acecho de cualquiera de las unidades que había tenido el infortunio de retrasarse o separarse del grueso de la ilota mercante, los bucaneros rivalizaban en salvajismo con los piratas, convirtiéndose de matarifes de reses en carniceros de hombres.

Al regreso a la ciudadela pirata todo el botín era llevado a los almacenes instalados bajo cobertizos en la playa y administrados por François Le Clerc, que era también quien valoraba y tasaba, efectuando el reparto.

No desdeñaban tampoco el surtir a otras naves piratas de alimentos y bebidas, recibiendo a cambio géneros robados en pillajes y saqueos, y también de vez en cuando no vacilaban en sentirse mercaderes, pagando en barras de plata las mercancías de las que piratas de paso por las aguas del norte de las Tortugas deslastraban sus calas.

Pronto “La Fraternidad” se convirtió en un emporio, donde el botín apresado a las naves mercantes, la carne cecina y los cueros se cambiaban por coñac, armas de fuego, pólvora... Un fructuoso intercambio que iba rellenando los cofres de los cuatro jefes piratas gobernadores de “La Fraternidad”, y en mucha menor escala las bolsas de los hombres enrolados bajo sus distintos pabellones.

Y la ciudadela pirata, protegida por un sólido fuerte construido en un alto fu rallón de rocas artillado, presentaba también una gran ventaja. Surtía de hombres a barcos piratas que tenían que renovar las bajas que los combates dejaban en sus bordas...

Y por esto la hez de muchos suburbios y arrabales marinos de toda Europa venía a “La Fraternidad”, seguros de hallar pronto enlistamiento, y, mientras eso llegaba, bebían o engullían vino en abundancia, por François Le Clerc sabía prestarles dinero.

El especial procedimiento de François Le Clerc demostraba que nada tenía de filantrópico y sí mucho de sanguijuela. Sólo prestaba a mozos robustos cuanto peor encarados mejor; ellos firmaban recibos empleando su “señal” de identificación, y el doble de la cantidad recibida en préstamo era lo que percibía François Le Clerc cuando algún jefe pirata venía a reclutar tripulación en “La Fraternidad”.

El enlistamiento tenía lugar en la playa, y, con parsimoniosos ademanes de escribano, François Le Clerc iba tachando sus “deudores” a medida que el jefe pirata iba pagando con la pródiga

generosidad propia del dinero robado, las cantidades que el francés estipulaba como precio del “enrol”.

Y todas esas circunstancias hacían de “La Fraternidad” ciudad donde reinaba la mayor de las francachelas, porque el dinero abundaba y los instintos salvajes necesitaban expansionarse al no guerrear.

Vino, reyertas, canciones groseras... La sangre mezclándose con el mosto libremente, sin trabas, porque la única autoridad, que era la del cuatriunvirato, sentíase muy paternal y benévola ante esos “pasatiempos". Para Bill Paunchy matarse en riñas tabernarias era “no perder la mano y estar en forma” para Joe Bird, el inglés, “era muy útil porque sobrevivían los mejores y más aptos”; para François Le Clerc, “cuanto más vino corría, más aumentaba la cifra de sus ingresos”.

Sólo uno de los cuatro, el huraño y bestial Tristán Martos, no comentaba con carcajadas la eterna orgía que reinaba en "La Fraternidad”.

En lo alto de un farallón gemelo al de la fortaleza emplazábase la vivienda de Tristán Martos, horadada en la roca viva. Y para llegar hasta el pináculo en que se abría la entrada al lugar donde moraba Tristán Martos, el único medio era trepar por una escala de hierro que verticalmente ayudaba la ascensión mediante escalones tallados en la piedra.

Escasas veces Tristán Martos so dignaba compartir las comilonas do sus tres asociados. Y como un gigantesco sapo maligno descendía de su gruta alta, sólo cuando un imperativo de gobierno en que su voto era preciso o una salida al mar le obligaban a abandonar su guarida.

La antítesis de la hosca misantropía del antillano eran los inseparables Paunchy, el americano, y Joe Bird, el inglés. Condescendían en compartir la mesa con cuantos piratas de ínfimo rango les invitaban. Pero dábase una coincidencia: sólo aceptaban las invitaciones que partían del interior de la taberna de Tula, “La Cubana”.

Y François Le Clerc, en cambio, sólo remojaba su garganta en la posada del viejo bucanero Gros Jean... al que le ayudaba en atender a los concurrentes una lejana sobrina llegada recientemente de Francia y llamada “Reinita", en afectuoso apodo, por los bucaneros.

Si discrepaba el lugar de esparcimiento favorito de los dos jefes piratas sajones, y del jefe bucanero galo, también discrepaban detonantemente sus aspectos.

François Le Clerc, pequeño, magro y siempre cubierto por redondo gorro de piel, ocultaba la más feroz y fría de las crueldades bajo su apariencia de escribano, al vestir siempre de negro con gorguera de encajes.

Bill Paunchy bamboleaba una obesa panza sobre ágiles piernas y largos brazos de espadachín consumado; su rostro bestialmente glotón diferenciábase del de su inseparable.

Joe Bird lucía una carnosa nariz ganchuda que, complementada por los redondos ojos saltones e inquietos, daba a su faz la expresión de un rostro de ave, de donde le nació el remoquete de “Bird". Alto y flaco, llevaba siempre un arsenal consigo, además de la larga espada duelista, cuya traidora acometividad era la que le había obligado a abandonar tempranamente la tierra inglesa.

Y aquellos tres maleantes de la peor especie formaban, con el solitario y misántropo Tristán Martos, el cuatriunvirato dueño y señor de los destinos humanos de toda la población do la ciudadela pirata de “La Fraternidad”.

Y a eso se debía que la turbamulta de aventureros que infestaba la ciudadela pirata, no sólo respetaban a Tula, “La Cubana”, y a “Reinita”, la francesa, sino que evitaban hasta el mirarlas con demasiada insistencia. A Tula, por temor de Joe y Bill, que la cortejaban infructuosa e insistentemente, y a “Reinita”, no sólo porque Le Clerc la distinguía con su asiduidad, sino porque era el ídolo de todos los bucaneros.

La vida en “La Fraternidad” deslizábase con una metódica alternancia; de día, los cultivadores que plantaban y cosechaban el azúcar y las especias, trabajaban en las extensas planicies de las afueras, mientras los piratas enrolados y los aventureros, en espera de enlistamiento, dormían profundamente.

Al crepúsculo, los cultivadores regresaban a sus cabañas del exterior, y en las calles de “La Ciudadela” empezaban a transitar piratas y aventureros dirigiéndose a sus favoritas bodegas. Y al caer la noche oíanse ya las báquicas canciones alteradas de vez en cuando por entrechocar de espadas y pistoletazos aislados, renovándose, al dirimirse las querellas, los cantos, que resonaban

con más ardor...

Sólo hacia las cinco de la madrugada renacía el silencio y la quietud imperaba en la ciudadela, mientras los bucaneros partían hacia el interior en busca de caza.

A las cuatro de la madrugada del 27 de mayo del año de gracia de 1699 el hombre de servicio en el torreón-vigía de la fortaleza del murallón distinguió a lo lejos los puntos brillantes de varias luces que se bamboleaban posadamente sobre la negra superficie liquida del Mar de las Antillas.

Por el lento navegar y la pesadez dé los bandazos de aquellos buques que surcaban aquellas aguas con todas sus luces apagadas, menos la obligatoria linterna de popa, alumbrada en evitación de un abordaje entre ellas mismas, el vigía reconoció el paso cauteloso de dos galeones españoles.

Y a proa de los dos galeones bailaban con más velocidad y con superior singladura maniobrera dos otras naves de menor tonelaje, que era presumible fueran dos goletas artilladas que daban escolta a los dos galeones hasta llevarlos lejos de aquellos parajes peligrosos.

Uno de los «preceptos estratégicos de los cuatro jefes piratas era que turnasen en servicio de ataque tres naves, mientras la cuarta permaneciese con su tripulación a bordo y preparada a intervenir como reserva, si el combate se desarrollaba poco favorablemente.

Pertenecía a la goleta de Tristán Martos quedar en aguas de la bahía, mientras se hicieron a la mar las restantes goletas de los dos sajones y el bucanero galo.

Empezó la maniobra do acecho, la peculiar “pesadilla de los marinos”. Las tres goletas, con todas sus luces apagadas, abriéronse en abanico tras la popa lejana del segundo galeón. Dos de ellas tomaron velocidad hasta parearse a prudente lejanía lateral del último galeón.

La maniobra estribaba en aguardar pacientemente a que fuera doblado el cabo de la próxima isla La Cristiana por su extremo meridional, sin guarnición y despoblado.

Las dos goletas, la de Bill Paunchy y Joe Bird, parearon siempre a obscuras, hasta alcanzar la misma altura que las goletas-escolta, y el ataque por sorpresa se desencadenó simultáneamente.

Mientras la goleta de François Le Clerc abordaba violentamente el segundo galeón rezagado, cuya cubierta vióse pronto invadida de

un enjambre de bucaneros aullantes, las goletas de Bird y Paunchy concentraron un fuego nutrido en andanadas súbitas sobre el fácil objetivo de las luces de popa de las goletas-escolta.

La noche tropical, en su densa negrura aterciopelada, fué rasgada como por inesperada tormenta; los relámpagos de las bocas de los cañones precedían en segundos el horrísono estruendo de los proyectiles...

Desmanteladas, con sus palos cayendo fragorosamente, las goletas-escolta, bandeando escoradas, eleváronse de babor, hundiendo en el agua la hilera de sus cañones de estribor... Y las sucesivas andanadas cobardes, disparadas casi a bocajarro por las naves de Bird y Paunchy contra el voluminoso casco ofrecido por las goletas-escolta semihundidas, terminaron de hundirlas.

El galeón atacado por Le Clerc era ya remolcado hacia "La Fraternidad", cuando el primer galeón que intentaba huir fué abordado por ambos costados, cayendo sobre sus puentes una lluvia de disparos, que precedieron la entrada en masa de los piratas...

Los miembros supervivientes de la tripulación fueron empujados y aguijoneados como reses a la cala. Bill

Paunchy y Joe Bird entraron en la cámara capitana, y ante la resistencia del capitán del galeón le dieron pronta muerte, tras lo que miraron complacidos a los tres ocupantes de la gran cámara.

Un caballero de distinguida presencia arrogante en cada uno de cuyos brazos se colgaba horrorizada una mujer.

Dos damas ricas hembras españolas—dijo lacónicamente Joe Bird.

—La empuñadura de la espada es de brillantes y oro. No es, pues, un pobretón—rió Bill Paunchy, mientras su diestra, alargándose, introdujo la punta de la espada que manejaba en la empuñadura de la del prisionero, que estaba ya siendo maniatado, así como las dos mujeres.

Con un golpe de muñeca hizo saltar Bill Paunchy la espada de su vaina y la recogió en el aire. Examinó la cazoleta.

—Escudo y armas grabados en la orejeta—comentó Joe Bird, que miraba por encima del hombro de su inseparable—. Ese elegante debe ser título español; vida salva, pues, para él y sus dos mujeres. Los demás...

—...aumentan el peso de las calas. Hay que deslastrar—dijo Bill

Paunchy, mientras ordenaba que fueran llevados a bordo de su goleta los tres prisioneros.

Instantes después, con gran delectación, los dos jefes piratas entraban los primeros en las calas atestadas de indefensos tripulantes heridos y daban la señal de la horrible matanza disparando los primeros y manejando con rápidos avances sus espadas, hasta que la cala del galeón capturado fué sólo un inmenso hacinamiento de cadáveres…

—¡Al agua!—dijo concisamente Joe Bird—. Aferrad los garfios de remolque…

Y la caravana formóse en fila india; la goleta de Le Clerc, en calma, remolcaba al primer galeón apresado.

A dos millas, la goleta de Bill Paunchy timba del otro galeón, y a retaguardia, la nave de Joe Bird remataba el desfile.

Y ya en la playa de la ciudadela pirata, cuando los bucaneros de Le Clerc hubieron dado feroz muerte a todos los supervivientes del galeón por ellos apresado, François Le Clero empezó a tasar y valorar como un consumado mercader honesto los tejidos, vajillas y joyas que contenían los cofres do los galeones.

Junto al almacén de la misma playa erigíase un cuadrado barracón de sólidas rejas empotradas en la madera de gruesos leños toscamente cepillados: era la única cárcel de “La Fraternidad”.

La ocupaban sólo los prisioneros cuyo rescate se valoraba en crecida suma.

Capítulo II El "consejo de los cuatro"

Un velero de esbelta línea y afilada proa, con todo el amplio velamen extendido y tensamente combado, perfilábase cortando la azulada superficie del quieto mar en aquel mediodía del 27 de mayo.

Distaba tres millas en línea paralela del fortín del farallón de “La Fraternidad”, cuando arrió las velas mayores, disminuyendo velocidad e izando pabellón. Flameó al aire el lienzo, en el que un aguilucho se cernía, y bajo la insignia pirata del velero izóse a continuación un banderín triangular de negro color, en el que una calavera parecía estallar en muda carcajada encima de dos huesos cruzados.

—¡Velero “Aquilón”!—gritó el vigía de la ciudadela—. ¡Banderín de anclaje!

El cañón de aviso de la fortaleza disparó un proyectil que levantó un penacho de espuma a un centenar de metros ante la proa del velero. El “Aquilón” obedeció la señal, y, conservando sólo sus velas bajas, avanzó lentamente, dando proa al farallón.

Instantes después echaba andas a dos millas de la playa. Destacóse de su costado Una lancha impulsada por vigorosos remos que manejaba un hercúleo negro.

En proa, su único ocupante fué avistado por el largavista de François Le Clerc, que, satisfecho de su examen, tendió el largavista a Joe Bird, quien, tras un instante de observación, pasó el anteojo a Bill Paunchy.

—El Pirata Negro—dijo Bill Paunchy innecesariamente.

Los tres hallábanse sentados tras una larga mesa instalada bajo

un cobertizo en la playa. Ante ellos varios bucaneros amontonaban las mercancías de los dos galeones va valoradas por François Le Clerc, que tomaba meticulosamente nota con larga pluma de ave.

De la lancha que arribó en la playa saltó un alto y atezado individuo cuyo desnudo tórax bronceado mostraba unas amplias espaldas y una musculatura de acerada elasticidad. Los negros cabellos estaban semiocultos por rojo pañuelo anudado a la nuca. Do los lóbulos de las orejas pendían dos aretes de oro, y del cuello una cadena del mismo metal de gruesos eslabones soportaba colgante una placa circular que destellaba áureos reflejos al recibir el impacto del sol.

De su cinto pendía larga espada duelista y sobre su estómago se cruzaban las culatas de dos pistolas. El negro pantalón ceñido hundíase en altas botas mosqueteras de media vuelta.

El rostro rasurado presentaba sólo el tino trazo sedoso de un bigote que sombreaba el labio superior; y la barbilla hendida en dos, las arqueadas cejas, los intensos ojos negros de burlones destellos y la nariz levemente aquilina conferían al recién llegado un aspecto de hombre de recio carácter indomable.

Saludó a usanza pirata al detenerse al otro lado de la mesa en el cobertizo de la plaza, frente a los tres “Hermanos de la Costa”. Apoyó levemente la mano zurda en el hombro derecho desnudo, e inclinó casi imperceptiblemente el busto.

—Carlos Lezama, llamado el Pirata Negro, tiene el disgusto de saludaros —pronunció con voz clara y bien timbrada.

—¿Disgusto? — interrogó François Le Clerc frunciendo las cejas.

—Sí. Porque vengo en busca de bribones para renovar bajas. Y no es de mi gusto perder tripulantes en combate, ni tampoco será del vuestro. Necesito también renovar las provisiones de mi cala, porque mis corderos comen como leones.

—Podremos llegar a un acuerdo si traes bolsa repleta—dijo Le Clerc.

—Quien aquí viene, sólo dos cosas puede traer: o hambrienta desesperación, o tintineantes doblones de oro.

Yo traigo oro suficiente para hacer honor a mí “Aquilón”.

Levantaron los tres “Hermanos de la Costa” la cabeza. El Pirata Negro siguió la dirección de la mirada de los tres jefes. Acababa de resonar el sordo mugido de una caracola de mar. La llamada

provenía de la sima de un farallón fronterizo con la fortaleza.

—¿Qué querrá Tristán? — inquirió Joe Bird—. Ha sonado su especial aviso de reunión del consejo de nosotros cuatro. ¿Para qué?

—El gavilán del "Palomar" se decide a abrir las alas—comentó Bill Paunchy, y su índice señaló la figura humana que descendía por los escalones tallados en piedra del farallón.

Vió también Carlos Lezama la simiesca figura que, emergiendo de una gruta horadada en lo alto de la roca, aferrábase a la vertical escalera de hierro, apoyando con destreza los pies en las rendijas talladas en la roca.

—¿Empieza el trato, hermanos?— preguntó el Pirata Negro, apartando la vista de la silueta humana que había ya pisado la playa y acercábase al cobertizo.

—Aguarda — dijo secamente Franç0is Le Clerc—. Tristán Martos quiere hablarnos.

Tristán Martos, "El Antillano", poseía unas descomunales espaldas voluminosas, aun más voluminosas al compararse el largo tórax con las cortas piernas. Si bien era de estatura mediana, parecía más pequeño por la anchura titánica de su pecho y la redonda joroba que abultaba en su espalda.

Tenía un semblante muy serio y peludo, de barba extremadamente poblada y cejas y pestañas excesivamente largas y gruesas, y vestía enteramente de rojo. Jubón prieto, que moldeaba la potencia de sus largos brazos, y ceñida malla en las cortas piernas. La punta de la vaina de su espada arrastraba por el suelo.

Fué a colocarse tras François Le

Clerc y apoyó una manaza vellosa encima del hombro del francés.

—Ya estamos todos—comenzó con su característica desenvoltura Carlos Lezama—. Empiece, pues, el regateo. Yo no pienso allanarme a mesonera en mercado. Pedid y pagaré si es sensato, pero discutir no quiero.

—¿A santo de qué has venido?— habló Tristán Martos. Su voz era honda, cavernosa.

—¡Toma! Ten por seguro, Antillano, que no fué para contemplarte. Vengo a comprar hombres y provisiones.

—Oí hablar de tu desfachatez, pero nunca creí fuera tanta—dijo el Antillano, manoseando con la diestra el pomo de su espada.

—Mucha es mi desfachatez, lo reconozco. Es una de mis pocas cualidades, pero no veo porque sacas a relucir tal cualidad de la que me enorgullezco.

—Te llaman el Pirata Negro. ¿Eros acaso pirata?

Carlos Lezama echó la cabeza hacia atrás y estalló en sonora y burlona carcajada.

—Me parece pregunta ociosa—Intervino François Le Clerc—. ¿Quién no conoce el pabellón del Pirata Negro?

—Llevo la voz cantante—advirtió Tristán Martos—. Dejadme vosotros seguir con mi interrogatorio, del que presumo que este audaz insolente no saldrá bien parado. Repito, ¿eres acaso pirata?

—Ociosa pregunta ha sido la calificación con la que uno de tus propios colegas, en el gobierno de "La Fraternidad", ha definido tu graciosa interrupción del trato que iba a iniciar. Escucha, Tristán Martos; deber es para hombres inteligentes como yo ilustrar a los ignoros como tú. Los hombres de ley de todas las naciones definen al pirata como un ladrón de mar, como un hombre que se apodera por la violencia de la propiedad de otro, como al que de la profesión do navegar hace por meta robar y saquear. Es decir, un bandolero de mar que también roba en los puertos. ¿Negarás que yo soy tan ladrón como tú y tus tres amigos?

—Esa es definición de hombres leguleyos. No me basta.

—Exigente eres, ¡voto al diablo! Te daré, pues, mi definición, la definición de quién soy yo, Carlos Lezama, el Pirata Negro. Poseo más cualidades que la de desfachatez que me reprochaste sin motivo, porque aun no te la he demostrado. Poseo audacia, sagacidad y destreza en el uso de las armas como el que es el mejor de los jefes piratas de todo el Caribe, sé gobernar mi barco (que al principio fué un barco poco marinero, hasta que logré robar otro mejor) y sé dominarlo en tormentas y combates. Hombres y elementos obedecen a mí voz y sé hacer rumbo, desmantelado, en busca de puerto seguro; sé dominar a la más indócil de las tripulaciones, aun sea la de la peor especie, durante las enfermedades y el descontento, y sé emplear las artes del diplomático, para procurarme un mercado seguro para las mercancías robadas… que es a lo que he venido aquí y no para oírte preguntar necias cosas. Tristán.

—Charlatán y poco modesto eres, Pirata Negro dijo Joe Bird.

—Soy orgulloso porque tengo conciencia de lo que valgo y me gusta charlar porque lengua me dieron. ¿Qué más quieres saber, Tristán?

—Tengo entendido que predicas a tus hombres respecto a la mujer.

—Aunque mentira parezca, Tristán, de madre has nacido. Y yo también. Y oídme, vosotros tres—dijo el Pirata Negro, encarándose con los tres restantes asociados—: ¿es acaso esa mesa en que os sentáis mesa de tribunal bachiller de Salamanca? Vengo a surtirme y no a contestar baladronadas y estupideces.

—Ten la lengua, español — rugió Tristán Martos, avanzando un paso.

—Ten la tuya y en paz viviremos, tú en tu "Palomar", yo en mi cubierta.

—¡Callad los dos!—gritó agudamente Le Clerc—. ¿A qué viene pelear sin razones? ¿No vino él a comprar y substituir bajas, Tristán?

—Nunca hablo en balde. Sostengo que ese insolente es Pirata sólo de nombre, y si contesta como hombre a mis preguntas os lo sabré demostrar.

—Cuando hombre me pregunta, como tal contesto—replicó sonriendo el Pirata Negro—. De mi hombría respondo, de la tuya... tú sabrás.

Tristán Martos ostentó una frente de hinchadas venas azuladas.

—¡Contesta, español! ¿Quién mató al pirata llamado Brazo-de-Hierro?

—Yo.

La breve respuesta pasmó de estupor a los tres asociados de Tristán Martos, que avanzó el busto amenazador por encima de la mesa.

—¿Reconoces, pues, haber matado a un hermano nuestro?

—Sí; lo maté, y cien vidas tuviera, cien que yo le arrebatara.

François Le Clerc sacudió un inexistente polvo de su gorguera de encajes, mientras su diestra, armada de la pluma de ave, apuntó al Pirata Negro, que, brazos cruzados, sonreía, con las piernas muy abiertas y aplomadas en la arena.

—¿Dices y reconoces haber matado al pirata llamado Brazo de Hierro?

—Me estáis ya amostazando, cuarteto de preguntones. Vengo sólo a visitaros para mercarme cosas preciosas y os sentís jueces de delitos que no existen. Maté a Brazo de Hierro porque no me dió a elegir otro camino. ¿Sí a ti, francés, te hablan con un sable en la mano, un garfio en la otra y cañones enmechados a punto de vomitar, qué haces? ¿Entonas el Miserere y das tu cuello al sacrificio? Creo que no; lucharás hasta que desaparezca la amenaza. Brazo de Hierro no simpatizaba conmigo ni yo con él y la cosa terminó como debía de terminar; le madrugué por la mano y Brazo de Hierro murió porque tal era su sino. ¿Sois piratas o sois pelucones jueces de tierra adentro? ¿De cuándo acá un hombre, para defender su vida, no puede matar al que le injuria? ¿Qué más, Tristán? Sigue preguntando, que hoy estoy en vena amable y sólo me causas gracia... no porque seas gracioso, sino porque sé apreciar siempre el lado cómico de todas las cosas grotescas.

—¿Cuál ha sido tu último combate? ¿Contra qué nave pirata?

—Vuestro hermano tiene fiebre de calenturas. Créese, por lo visto, que mi fobia es desayunarme con mugrienta carne pirata. Mi último combate ha sido contra un tal Gars, “El Albino”.

—¿Gars, “El Albino”? ¡El corsario! —gritó Le Clerc—. ¿Y lo mataste?

—Pregunta ociosa, Le Clerc. ¿No me ves en pie? Lo maté para satisfacer un odio antiguo: prendí fuego a su carabela. No queda uno solo de sus corsarios. ¿Qué, Tristán? ¿Soy monja disfrazada? La profesión pirata es la mía, porque hay oro, lucha y aventura. Tiene también su lado festivo, artes extrañas, ardides ingeniosos, hechos ridículos y puede estudiarse el lado grotesco de la naturaleza humana. Desde luego, sería absurdo pretender que todos los piratas fueran como yo, heroicos y bien humorados.

Y el Pirata Negro, saludando en son de mofa a Tristán Martos, añadió sonriendo:

—Los hay... agrios como vinagre rancio, que cuando es de sol preguntan si hay estrellas, y cuando la noche asoma, buscan el canto del gallo en la aurora.

Bill Paunchy rió sonoramente, imitado por Joe Bird. Tristán Martos jugó por unos instantes con la hoja de su espada, sacándola y volviéndola a envainar a medias. Al fin, dió media vuelta y se alejó.

François Le Clerc se encogió de hombros. Joe Bird seguía riendo cuando Bill Paunchy preguntó:

—¿Por qué habrá manifestado de pronto ese interés el “joroba”? Ese español es un bravo pirata decente.

—Un tipo contrahecho como Tristán—dijo Joe Bird estirando y engallando su larguirucho cuerpo mientras se pellizcaba la nariz ganchuda— forzosamente ha de odiar a los que, como ese español y yo, somos guapos y bien formados.

—Así será—dijo sonriente el Pirata Negro—. Lo cierto es que nunca oí en mi accidentada existencia preguntas tan peregrinas como las de ese tortugón que ahora parece trepar como caracol por su ladera. El matar como lo he hecho a enemigo común nuestro es mi mejor blasón para él y vosotros. Pero él parecía reprochármelo. ¿Será que piensa convertirse en cremita? Bien, volvamos a nuestros zapatos. Con treinta hombres he quedado, Le Clerc. Las andanadas de la “Vengeance” de Gars, “El Albino", y sus sutiles me segaron unos cuantos corderos. Necesito veinte rufianes de pelo en pecho y que se hallen dispuestos a vivir corto poro sabroso. ¿Los tienes?

—Tengo los veinte que necesitas y muchos más. Pero valen ríen piezas de a ocho por barba.

—Caros son, pero no tendrán precio cuando pisen mi cubierta. Ordena tus mejores cincuenta que formen semicírculo. Elegiré veinte.

—No es ese mi modo de tratar, Pirata Negro. Yo te daré los veinte por que los conozco y sé cuánto valen.

—Tripularán mi velero, no el tuyo bucanero. Los pagaré a ciento diez piezas de a ocho, pero los elijo yo. A los caballos la dentadura, los belfos y los trancos. A los hombres, la lengua, los músculos y los ojos. Me jacto de reconocer a un hombre echándole la vista encima y oyéndole hablar unos instantes. ¿Ordenas que salgan a la playa tus “protegidos”?

—Bien. A ciento diez piezas de a ocho por elegirlos entre mis mejores.

En la lista que contenía a todos sus “deudores” fué Le Clerc marcando una cruz junto al nombre que elegía, hasta marcar cincuenta cruces. Entregó el pergamino a un desharrapado bucanero que en bandolera llevaba los cueros tronzados que sostenían un tambor.

Por las calles de La Fraternidad el tamborilero convocó a reunión en la playa de los cincuenta “comprometidos", cuyos nombres fué desgranando con parsimonia.

CAPÍTULO III Los nuevos tripulantes del Aquilón

Entre los aventureros que poblaban la ciudadela de La Fraternidad, se encontraban toda clase de personajes raros, de diferente calaña y condición. Médicos, naturalistas, criminales, poetas, arruinados hombres de título y fortuna; nadie estaba fuera de lugar en aquella extraña compañía donde la única credencial era demostrar ser un huido de la justicia.

Pronto fueron reuniéndose en la playa los convocados; algunos se tumbaron indolentemente a la sombra de las palmeras, reclinándose contra los troncos, otros sentáronse cruzando las piernas en la misma arena. La mayoría llevaban el ancho sombrero de paja que resguardaba sus cráneos del duro sol antillano.

Carlos Lezama, seguido de François Le Clerc fué pasando por entre todos aquellos forajidos, a alguno de los cuales, de vez en cuando, tocaba en un hombro. Los así advertidos poníanse en pie y formaban grupo aparte. Selecciono veinte musculosos individuos, de abigarrada y distinta vestimenta.

—Buen ojo timador tienes, Pirata Negro —habló François Le Clerc con untuosos ademanes de mercader—. Has escogido la flor y nata de los habitantes de mi ciudad.

—Si éstos son la flor y nata, no quiero ni pensar en cómo serán los que no han venido. Que uno de tus bucaneros ondee el pabellón verde. Mi lugarteniente entenderá la señal y vendrá con lancha para recoger a esos y a la vez traer la plata.

Junto a la lancha donde aguardaba el negro remero, vino instantes después a anclar otra mayor, remada por cuatro piratas del "Aquilón”. En la lancha fueron instalándose los veinte hombres

seleccionados por el Pirata Negro, cuando éste hubo entregado a Le Clerc el precio estipulado.

Dispúsose el Pirata Negro a dirigirse a su lancha, cuando Le Clerc preguntó:

—¿Qué “otras” mercancías necesitas?

—Cuando haya aleccionado a los nuevos tripulantes de mi velero, regresaré. Y trataremos los restantes negocios.

Hacia el anclado "Aquilón”, distante dos millas de la playa, fueron bogando las dos lanchas. La impulsada por el negro púsose prontamente en cabeza, llegando al costado del velero mucho antes que la tripulada por los cuatro remeros y transportando a los veinte forajidos recién reclutados.

Uno a uno fuero subiendo a la borda... Tras el surco que las popas de las dos lanchas habían dejado en el agua, rozaban la superficie las aletas de varios tiburones que, voraces, coletearon airados, dando media vuelta al no hallar presa, pero nadando entre dos aguas por las cercanías de aquel casco...

El lugarteniente del “Aquilón", un pirata rechoncho y de basta fuerza corpulenta, fué empujando poco ceremoniosamente a los que iban pisando la cubierta. Su rostro corcusido por innumerables cicatrices y costurones era una máscara horrenda arrugada en múltiples pliegues rojizos, y bien merecía su remoquete do "Cien Chirlos”.

—¡Formad en una hilera al pie del castillete de proa!— gruñía a medida que iban saltando los veinte "deudores” de Le Clerc.

El Pirata Negro, con los brazos en jarras y los puños en las caderas, estaba adosado al pie del castillete indicado, examinando los rostros do los veinte hombres formados en una hilera.

—Uno por uno iréis declinándome vuestros nombres o apodos y vuestras hazañas. Empieza tú, el de la izquierda.

El primero habló del robo de una bolsa a un paseante distraído de Burdeos; galeras y su huida. Todos fueron relatando acciones que les obligaban a mantenerse alejados de toda ciudad civilizada donde la ley existiera. Uno de ellos se extendió más profusamente en su relato. El Pirata Negro le escuchó atentamente y siguió escuchando el relato do los restantes.

Cuando el último de ellos hubo ya hablado, el Pirata Negro tendió el índice hacia el que más había hablado.



—Me dices llamarte Rufino “Caracas”. Repíteme tus cualidades.

Jaquetón y ensanchando el pecho el «ludido dió un paso avante.

—Morgan me contrató como remador de heridos, y también tenía a mí cargo el preocuparme de las doncellas dolientes—dijo riendo con ruin mofa—. Y ninguna moría de enfermedad porque las apuñalaba sabiamente.

—Con tal pericia ¿por qué Morgan te dió rienda suelta, maestro? —preguntó el Pirata Negro.

—Cuando fué elegido gobernador de la Jamaica, me licenció como a todos los demás.

—Lástima que no te ahorcara, porque mis sogas no se hicieron para mancharse con tu piel. Vuelve a tierra. ¡“Cien Chirlos!” Palanca para ese doncel que va a echarse al agua y nadará hasta la costa.

Rufino “Caracas” dió un paso hacia atrás, lívido.

—¡No puedo... ir a tierra nadando! esas aguas están infestadas de tiburones.

—Allá ellos si no temen envenenarse y allá tú. Quien remata heridos y horroriza doncellas, no puedo temor a tiburones.

—Pero... ¿no es este buque pirata? —balbuceó el venezolano.

—Lo es. Pero lo mando yo y por eso te mando al agua libre de pies y manos para nadar y burlarte si puedes de los peces dentados.

—¡Es mandarme a la muerte! ¡No tienes derecho!—exclamó el venezolano crispando la mano en la empuñadura de su espada.

—Yo tengo todos los derechos, doncel apestoso. Pero les tengo

cariño a los tiburones y no quiero estropear sus barrigas. ¿Qué arma manejas mejor? ¿El puñal de asesino, el hacha de verdugo o la espada de camorrista?

—No entiendo que... —empezó a decir Rufino "Caracas" mientras la hilera de hombres se ensanchaba a su alrededor apartándose de él.

—Elige entre los peces y mi diestra. De todas formas has de morir.

Rufino "Caracas", con grito salvaje de ira, lanzóse hacia delante a la par que desenvainaba. Fríamente, el Pirata Negro fué parando todas sus estocadas con leves giros de muñeca y sin moverse. Al fin, tendióse a fondo Carlos Lezama y su espada, perforando el cuello del venezolano, asomó tinta en sangre por la nuca del recién reclutado.

El Pirata Negro limpió la hoja de acero ensangrentada en la casaca del cadáver. Le tocó con la punta de la bota.

—¡"Cien Chirlos"! ¡Al agua con esa carroña! Desangrado será menos perjudicial para los paladares de esos buenos tiburones que aguardan.

Mientras él lugarteniente volteaba sobre su cabeza el cadáver, que cruzando la borda fué a hundirse en el agua con sordo chapoteo, pronto seguido de feroces coleteos y remolinos sangrientos, el Pirata Negro, con ágil salto acrobático, encaramóse a lo alto del castillete.

—Diecinueve rostros contemplo. Leo asombro en algunos de ellos. Pensáis seguramente que Rufino "Caracas" era do vosotros el que mejores prendas reunía para quien, como yo, mando barco pirata. Realmente, sus hazañas eran superiores a vuestras bribonadas. Algunos de vosotros han matado en duelo a esbirros de la ley, otros han robado y unos pocos han matado a rivales en amor o amantes más dichosos. Sois un hatajo de bergantes, pero... no sois asesinos, porque la cara disteis y vuestro cuello os jugasteis. En mi cubierta las plantas que la pisan, plantas encallecidas y mugrientas, son plantas de hombres de pelo en pecho. Rufianes que por un quítame allá esas pajas se matan con su sombra. Pero no hay ningún asesino y, por eso, Rufino "Caracas" no me servía.

Apoyadas ambas manos en el reborde del castillete, el Pirata Negro echó hacia atrás la cabeza y rió alegremente.

—Os valoré por la expresión de los ojos y el aspecto de vuestros músculos. Tuve que aguardar a que manejaseis la lengua para saber si había elegido bien. He perdido sólo ciento diez piezas de a ocho y las doy por bien perdidas. Sé ya quiénes sois y ahora vais a saber quién soy yo. Buen yantar y buena paga tendréis; Indias, más de las que podéis desear. Vuestro pellejo me pertenece y yo no guardo disciplina a toque de silbato como los corsarios, pero cuando silbo imitaréis en celeridad al resto de mis valientes. El que se sienta Rufino “Caracas” está aún a tiempo de lanzarse por la borda y le aseguro que son preferibles los tiburones a mis dentelladas. Y a dentelladas le quitaré la vida a quien hiera a anciano indefenso o roce siquiera falda de mujer honesta. ¿Alguien no está conforme?

De la hilera se destacó un joven alto y larguirucho, pero de amplias espaldas. Vestía con pretensiones de elegancia y lucía peluca blanca, enmarcando un rostro de granuja de agradables facciones.

—Yo, señor, tengo que presentaros una protesta. Me enrolé porque el zumo de uva me encanta, y témome que, dado vuestro puritanismo, a vuestro bordo sólo beberé agua. Vos me parecéis hombre de lucha, pero también algo mojigato para pirata.

—A mí me llamas señor, pero tutéame. Es costumbre a mí bordo, madrileño. Porque, si no. me engaño, dijiste llamarte Diego Lucientes, nacido en la capital de las Españas.

—La gente inculta llámame “Madriles”. Para los caballeros como tú soy Diego Lucientes, nacido en el castizo barrio del Lavapiés. Y no puedo ni quiero negar que borracho soy por afición y no me arrepiento.

—Sólo el cielo sabe lo que oculta el alma de un bebedor de mosto, Diego Lucientes. Nada tengo de puritano ni de mojigato, muy al contrario, y el tiempo te lo dirá… si no bebes en demasía. En mis bodegas hay vino para quien sepa beberlo. Tambaléate cuanto quieras, pero si por tu lado paso reúne los restos de tu cerebro para quitarte chambergo, gorro o cubrecabezas que quieras llevar y sostenerte inmóvil en pie. Y en combate lucha como el que más si el vino te enciende la sangre, pero sin mi orden no pelees a mí bordo, porque la corbata de cáñamo te haría vomitar hasta la madre del primer vino que bebiste.

El Pirata Negro inclinóse aun más sobre el pasamanos y

destellaron de blancura sus dientes en el atezado rostro al sonreír.

—Ese es el "Aquilón, mis valientes. Corta el agua como cuchillo, navega por todos los mares y con todos tiempos. Es nave pirata, pero la mando yo y tengo mis credos. Obedecedlos al pie de la letra y hallaréis vida sabrosa y corta, que ideal ha de ser de hombres como vosotros que, al igual que yo no poseéis ni hogar ni ternura. Desde este instante sois tripulantes del "Aquilón". Después de mí, la autoridad está en mi segundo: el guapetón más valiente que en cara me eché. Vedlo, es el mozo de la faz que pregona su poco paciente ánimo. Llámase "Cien Chirlos" y cuanto diga se hace, porque cuanto dice es repetir mis deseos. Id al armero; elegid las armas que prefiráis. Pasad a la bodega y bebed cuanto queráis. Nadie irá ya a tierra hasta que levemos anclas. ¡Despejad!

Cruzándose de brazos vió desfilar el Pirata Negro a los recién enlistados. Poco después bajaba a su camarote, en el que apenas entró resonó un hondo gruñido.

Un leopardo de magnífica estampa fiera arqueó el lomo estremecidas las pintas rojas y negras de su piel, tendiendo hacia adelante las poderosas zarpas que arañaban el maderamen del suelo.

Dió un paso con majestuoso andar y sus erizados bigotes rozaron las botas mosqueteras de Carlos Lezama, quien, propinándole un puñetazo en el cuello, fué a sentarse en un escabel.

—Hay nueva gente a bordo, "Satán". No te los be presentado aún porque no sé si son dignos de que tus belfos les sonrían.

El leopardo, criado a vino y carne, desde que el Pirata Negro lo recogió con escasos días de existencia en la selva jamaiquina, compartía desde hacía seis meses el camarote del que para él representaba un ser bípedo que sabía acariciarle brutalmente y por la palma de cuyas manos corría un algo cálido que le gustaba. Tendióse indolentemente bajo el banco-litera a espaldas del Pirata Negro, y su peludo hocico se apoyó en el suelo de madera junto a las negras botas.

Tichli, el negro cubano sordomudo, fué trayendo y llevándose las fuentes del contenido variado con el que el Pirata Negro demostró poseer un recio apetito y un paladar amante del buen vino.

"Cien Chirlos", después de llamar en la puerta, asomó su feo

rostro.

—Un “novato” quiere hablarte, señor. Le he advertido con claridad que tú no deseas ser molestado cuando comes.

—Terminé ya, guapetón. ¿Quién es el charlatán?

—El “Madriles”, el mozo que te llamó “mojagatos” y “pirutano”... y le perdonaste la vida.

—No son insultos, “Cien Chirlos”. Querían ser alabanzas. Dile al mozo que entre.

Diego Lucientes quedóse en el umbral, con el tricornio en la mano. Su casaca, aunque remendada, era de buen paño azul, y su deshilachada camisa de encajes había conocido tiempos mejores. El pantalón de pardo color anudábase bajo la rodilla y las blancas medias y los zapatos de ancha hebilla eran prendas de caballero.

Pero el rostro pálido y ojeroso al sonreír hablaba de un temperamento insolente y carente de timidez, así como la larga espada de duelista desentonaba con el atuendo de cortesano.

—¿Bebiste ya todo el vino de la bodega, Diego Lucientes?

—Procuro contenerme cuando no me aburro, señor. Y gústame tu carácter y la limpieza con la que ajusticiaste al venezolano. Oí hablar de ti en española tierra y ha sido para mí un placer enrolarme a tus órdenes.

—Hablas como mozo culto, madrileño. Pero en el “Aquilón”, para charlatán, me basto yo solo. Agradezco tus opiniones, pero no alquilé tu lengua, sino tu brazo y tu pellejo.

—Lo sé, señor. Y... ¡caramba!—y el madrileño dió un respingo, echándose hacia atrás. Sus ojos pardos miraban desorbitados a “Satán”, que bostezando acababa de cambiar de postura. Y al bostezar, sus colmillos ofrecían agudezas poco tranquilizadoras—. Excéntrico me dijeron que eras, pero... eso bicho me asusta. Te lo confieso francamente.

—Olvídate de él, que ni siquiera se ha dignado interesarse por tu presencia. ¿Para qué quisiste verme?

—Decirte quién soy, señor. Puedo serte útil.

—¿Si? Tu utilidad ha sido tasada en ciento diez piezas de a ocho. Nada más quiero saber de ti.

—Soy bachiller, señor. Cursó Medicina en Alcalá de Henares.

—Juanón es el curandero de a bordo y no necesito cirujano. Y tampoco barbero; navaja tengo y mis valientes se rasuran cuando

les apetece.

—Quiero que sepas, señor, que nací de honrada familia.

—Todos nacimos de santa madre. Ella no tuvo culpa que seamos bribones.

—Reñí en duelo con marqués que sedujo a mí novia. Le maté.

—Bien hiciste. Pero, ¿a mí qué me importan tus cuitas? No me confundas con fraile confesor.

—No he hallado caballero en mi camino desde que huí de España y arribé a esa ciudadela, que el cielo confunda. Para malbeber aprendí a manejar el naipe a mí favor.

—No pienso jugar contigo, seas o no fullero. ¿Por qué clamas la ira del cielo contra ciudad que es gobernada por hermanos míos de profesión?

—Eres pirata por nombre, señor, pero caballero por tus acciones. Lo sé y me consta de buena tinta. No eres un asesino como ellos.

—Me parece que a ti te es tan necesario el beber como el hablar. Dime, ¿adivinaste por qué ordené que ninguno de vosotros bajara a tierra?

—Porque si alguno decía cómo administraste justicia al venezolano, Tristán Martos se saldría con la suya.

El Pirata Negro apoyó ambos codos sobre la mesa. Con el mentón señaló el escabel que ante sí tenía al otro lado de la mesa.

—Siéntate, bachiller. ¿Qué sabes de Tristán Martos? Tú nada me interesas; que seas inteligente o torpe me lo demostrarás si sigues empeñado en hablar. Si sabes luchar, la ocasión lo dirá. Pero ahora complaceré tu afán de competir conmigo en charlatanería. ¿Qué sabes de Tristán Martos?

—Te odia.

—¿Quién te lo dijo? ¿Él? ¿Te honra con sus confidencias?

—Comentóse escasos momentos antes de que nos llamasen a la playa, tu respuesta a cuantas preguntas el jorobado te hizo. Y un antillano aseguró que Tristán hace tiempo juró matarte.

—Nunca tropecé con el jorobado. Pero libre es de querer matarme, como tan Ubre soy yo de no dejarme matar. ¿Quieres vino, estudiante? Sírvete. Queda aún el fondo del frasco y apagué mi sed.

—Agradezco tu invitación, señor, en todo el honor que vale. Pero ante ti procuraré hablar siempre con mente despejada.

—O eres listo o eres adulón. Padre Tiempo lo dirá. Aclarada la simpatía que me manifiesta Tristán, dime ahora por qué impetrabas furores celestes sobre “La Fraternidad”. ¿No te conmueve ciudad que nombro tan dulce lleva?

—¡Piara de cobardes asesinos son todos ellos!—exclamó con vehemencia el madrileño.

—De ahí te enlisté. Y olvidas que hablas con quien es conocido por el Pirata Negro. ¿No temes que le indique a mí gato que cierre sus mandíbulas alrededor de tu cuello por insolente? Estás hablando de “La Fraternidad”, ciudad pirata gobernada por hermanos míos.

—Tú no eres como ellos. Tú no ordenas matanzas contra indefensos presos dando el ejemplo, como hacen los del cuatriunvirato. Y tú no aherrojas rellenes para pedir rescate, matándolos al recibir el dinero pedido... y dando a las mujeres infame muerte.

—¿Mujeres dijiste? Las que puede haber en “La Fraternidad” bien supieron dónde iban antes de entrar en ella. No son de compadecer.

—Esta misma noche han hundido galeones Españoles, No ha quedado nadie vivo. Sólo el marqués de Aguilar, su esposa y su hija que están encerrados en el caserón enrejado de la playa, junto a los almacenes.

—¡Ah! ¿Y cómo conoces tú el título y los parentescos? ¿Tomaste parte en el asalto a los galeones? ¿Suplicaste del noble español que te entregara sus credenciales?

—Era “deudor” del jefe bucanero. Y n0 luché porque estaba en espera de alistamiento. Pero vi arrastrar al marqués y a ellas dos, por entre filas de piratas de Bill Paunchy y Joe Bird. El marqués de Aguilar era gobernador en la ciudad de Méjico; deduzco que debía regresar a España. Y de la corte de Madrid lo conozco.

—¿Es bella la hija?

—Sonríes burlón, señor. Ni a la esposa ni a la bija conozco. Pero a él sí lo conozco. Sufrirán los tres muerta indigna, y son españoles como tú y yo.

—Por español y por marqués debió matar con sus propias manos a su esposa y a su hija antes que consentir que presas cayeran. No lo hizo; que pague las consecuencias. Hablemos de otro asunto; ¿qué diversiones ofrece “La Fraternidad"?

—“Zumo de vid y fembras placenteras”, como cantó el Arcipreste de Hita. Pero ni el jugo de viña ni la hembra alquilada es diversión de hombre de tu temple, señor. Sólo hay dos mujeres en la ciudadela que son recatadas, no por temperamento virtuoso, sino por imperativo de temor. Todos respetan a Tula “La Cubana” y a “Reinita”, la francesa.

—¿Quiénes son esas tiernas criaturas?—inquirió Lezama, con ironía.

—“La Cubana” regenta taberna y es hembra bravía, que maneja como tú y yo el puñal y la pistola. La desean Joe Bird, el inglés, y Bill Paunchy, el americano. Nada consiguen de ella, porque es astuta y sabe que será respetada y mandará mientras siga siendo esquiva.

—Talento tiene la tal Tula. ¿Y quién es la que responde por tan deseado y orgulloso apodo de “Reinita”?

—Sobrina de Gros Jean, un ex jefe bucanero. Vino hace poco de Francia y ayuda a su tío en mesón concurrido por bucaneros... y por Le Clerc que hipócritamente encelado ronda a la mocita. Nadie se atreve tan siquiera u mirar a “Reinita” porque Le Clerc pareciendo un escribano mercader es líe los cuatro el peor si cabe pensar que alguno sea mejor que otro entro esos cuatro criminales de la más baja laya.

Interesante es tu charla, estudiante. Pero puedes largarte. Ya te he oído bastante.

El madrileño se levantó. Contempló de nuevo al leopardo; miró después el rostro audaz del Pirata Negro, y saludando ceremoniosamente se marchó.

—¿Oíste al timante, “Satán”? De dos cosas una: fué caballero y quiere quizás volver a serlo, o es redomado pillo que intenta granjearse mi confianza. Allá él.

Instantes después subía el Pirata Negro a cubierta. Silbó de manera especial. Corriendo acudió “Cien Chirlos”.

—Dos días para aprovisionarnos completamente, guapetón. Nadie saldrá del “Aquilón”. Y quizás carenemos en estas aguas dos días más. Dependerá de mi humor. Ahora llama a “Piernas Largas” y a Juanón. Tú y ellos vendréis conmigo a tierra.

“Cien Chirlos” n0 hizo el menor comentario. Fué a avisar al andaluz espadachín de esqueléticas piernas y ancho tórax robusto y

al pirata curandero de rostro angelical y mofletudo.

Pero “Cien Chirlos” pese a la tranquilidad del mar y al azulado cielo soleado, olfateaba tormenta en tierra. Tormenta de sangre en “La Fraternidad"

Conocía muy bien las expresiones del rostro de “él”. Y los negros ojos del Pirata Negro destellaban con intensa diversión íntima, y sus cejas so arqueaban algo diabólicamente...

Y con placer anticipado, el horrendo semblante de “Cien Chirlos” se arrugaba en múltiples pliegues que querían expresar la sonrisa con la que como gato que se relame, olfateaba tormenta de sangre en “La Fraternidad”...

Capítulo IV El primer chispazo

Ancha era la vasta sala en la que blasfemaban y agitaban cubiletes (le dados los piratas de Bill Paunchy y Joe Bird, que dada la preferencia de tras dos jefes elegían también para matar las horas, la taberna propiedad de Tula "La Cubana".

Sentados en grupos alrededor de mesas surcadas por inscripciones do todas clases trazadas a punta de cuchillo, dedicaban toda su atención a los dados y a renovar con asiduidad la permanente cabida de sus jarros. Y no miraban unís que de soslayo y con seriedad a la mujer que de vez en cuando desfilaba por entre ellos, portando jarras que depositaba en las mesas llevándose las vacías… cuando los bebedores habían pagado la petición de nuevo liquidado alcohólico.

Y si la miraban simulando indiferencia no era porque más que el vino no les inflamara la sangre la salvaje belleza de Tula "La Cubana". Pero por bella no les hacía olvidar la muerte que anidaba en la mujer que era codiciada por Joe Bird y Bill Paunchy.

Alta y esbelta, estatuaria en su rústica beldad agreste, Tula Camagüey tenía fuego en los ojos y en el andar, y llama en los rojos labios sensuales. Vestía corpiño rojo y falda negra, corta a media pierna. En el escote sobresalía el pomo de un puñal y en la estrecha tira de piel que rodeaba su breve talle cimbreante, una pistola cruzábase al costado.

La negra melena suelta desparramábase sobre sus hombros. Los brazos desnudos, como las piernas, que calcaban chapines rojos de alto tacón, eran de morena epidermis, dorada por el sol.

Erguía la cabeza con altanero ademán y más que servir bebidas parecía conceder merced a quien bebía. Afirmaba con orgullo que no quería servidumbre para ayudarla porque ella sola se bastaba…

Tal afirmación sólo la manifestó cuando adivinó la muda súplica de los ojos de Joe Bird y Bill Paunchy.

Aquélla había sido su suerte: la suerte que iba a colmar su sed de ambición. Porque si sólo hubiera sido uno de los dos jefes el que se enamorase de ella, habría tenido de buen grado que sucumbir y ser una más de las mujeres do “La Fraternidad”. Pero los dos enamorados eran su más segura garantía. Por inseparables y amigos el uno no podía intentar robarle ni otro la mujer deseada, y aguardaban pacientemente a que ella eligiera entro los dos, respetando el pacto mutuo do conformarse con la elección.

Y por esa especial circunstancia, Tula “La Cubana” llenaba su cofre y alzaba cada vez con más orgullo en hermosa cabeza de fiera belleza.

Pero el vino es el peor enemigo de la prudencia. La excitación de los dados rodando adversamente sobre las mesas, ponía sequedad en las gargantas. E insensiblemente los piratas bebían, bebían...

Un antillano, perteneciente a la tripulación de Tristán Martos, perdía al crepúsculo la mayor parte de su recién ingresado dinero del reparto de los dos galeones. Y enfurecido seguía sosteniendo terco combate contra la fortuna esquiva... Apuraba jarro tras jarro, y al pedir uno más, asió por la muñeca a Tula, que aguardaba pago.

—He pagado con creces lo que he bebido, tabernera. Sírveme nuevo jarro y que el diablo te lleve a ti y tus aires de ricahembra blasonada.

Añadió el antillano alguna exclamación malsonante al ver cómo Tula, arañando salvajemente la mano que la aferraba por la muñeca se liberaba.

—No bebe quien no paga—dijo concisamente.

El antillano se levantó tambaleándose... Pin el umbral cuatro hombres que acababan de llegar se detuvieron. El que iba delante, se cruzó de brazos y con indolente postura se reclinó contra el dintel.

El antillano enlazaba en aquellos instantes por la cintura a la cubana, murmurando soeces imprecaciones. Brillo un segundo centelleante fulgor de un acero que rasgó el aire ocultándose hasta la empuñadura entre las espaldas del antillano. El borracho jugador perdidoso se tambaleó, arañó el aire y desplomóse inerte.

Fríamente, Tula Camagüey volvió a introducir entre su escote el

puñal con que acababa de matar al antillano. El juego se reanudó y ya todos los concurrentes se desentendieron de lo ocurrido. En el umbral resonó una seca carcajada burlona. Los jugadores no prestaron siquiera oídos a la risa del recién llegado... A la taberna íbase a reír, beber, jugar el dado, y blasfemar.

Pero Tula “La Cubana" contempló los cuatro recién llegados, y se acercó al que había reído. Se detuvo en silencio ante el.

—Vino queremos, bella. Pero en tu piel hay sangre—y el índice del Pirata Negro señaló el escote de la cubana—. Si a quien vino te pide, puñal le hincas, mal provecho me hará vino que beba de tus manos.

—Pagando, todos son bien recibidos, forastero. ¿Por qué reíste?

—Porque me pareció que mal atendías a tus conveniencias. Si matas uno a uno a tus clientes, vas a quedarte sola. ¿Podemos entrar, con tu venia?

Tula se encogió de hombros y volviendo la espalda dirigióse a la estantería en la que sólo ella tenía acceso, por ser donde tras larga tabla tendida horizontalmente apiñábanse los barriles de borboteante espita.

El Pirata Negro eligió una mesa en un rincón cercano a la estantería. Vacilantes quedaron ante él en pie, “Cien Chirlos” Juanón y “Piernas Largas”.

—Sentaos, bergantes. Vinimos a conocer cómo se divierten los habitantes de "caí Fraternidad”. Trajiste tu amiga guitarra, andaluz. Púlsala con oído y lanza al aire copla que sacuda la modorra de esos torpes bebedores. Pero no, rasguea sólo por lo bajo. Sería desperdiciar tu voz tratar de plasmar sol de Andalucía en taberna de “La Fraternidad”.

Encorvándose sobre la guitarra que mantenía entre sus rodillas, “Piernas Largas” pulsó en sordina, rasgueando unas bulerías...

Tula aproximóse a la mesa de los cuatro hombres a los que contempló despacio con desdeñosa mirada.

—¿Qué queréis?

—¿Qué nos ofreces?—díjole sonriente el Pirata Negro.

—Clarete costarriqueño, pita mejicana, negro Madeira, agua de fuego cubana... —excuso ella alzadas las cejas en ademán despectivo.

—Al verte me avergüenza casi pedirte vino, Tula. Temo haberme

confundido y no estar en taberna, sino en mansión palaciega... Pero sólo al verte, perqué oyendo y oliendo a esos bergantes que llenan tu sala desvanécese mi impresión.

—Para pedir de beber no hace falta tanto hablar, Pirata Negro.

—Quien como yo es nuevo en plaza y a beber viene, justo es que se pasme al contemplar la bravía belleza de la castellana anfitriona.

—Guarda tus requiebros para mujer que guste de oírlos. Si dinero lleváis pedid ya, que no puedo perder tiempo con tocadores de guitarra y charlatanes galanteadores.

—Tengo un gato en mi camarote, Tula, que no posee toda la sin par belleza indómita de tu altivo continente. Llámase “Satán” y si hembra fuese en ti pensando la llamarla “Diablesa”. Bella diabla, que por arisca más dulce debe ser verla sonreír y hablar suaves palabras.

Tula “La Cubana”, miró con colérica expresión al Pirata Negro, que sonriente guiñó con descaro un ojo. Ella volvióse hacia los tres piratas que conservaban el más absoluto silencio, limitándose el andaluz a pellizcar muy por lo bajo las cuerdas de su guitarra.

—Decid ya presto lo qué queréis vosotros tres. En mi taberna no se viene a perder el tiempo ni a hacérmelo perder. ¿Qué os sirvo?

Los tres piratas miraron hacia el techo como si fueran sordos.

—Sírveme una sonrisa, Tula,

Ella se encaró con el Pirata Negro poniendo los brazos en Jarras y apoyando los puños en sus caderas.

—Por ser yo mujer sola, no confundas, pirata español. Ni gusto ni quiero que nadie se insolente conmigo.

—Si insolencia es pedirte que me sonrías, rey de los insolentes soy, porque no he de cejar hasta ver iluminarse tus labios en mohín de risa. Fuego eres por vestido y atractivo; viérteme agua y beberemos la mezcla cubana que antes ofreciste.

Ella marchóse con su característico andar dominante, taconeando sus chapines. Regresó portando una bandeja con cuatro vasos de estaño, y casi con brusquedad fué colocando los jarrillos ante cada hombre.

—¿Qué te debo, bella?—preguntó el Pirata Negro.

—Cuatro centenes —dijo ella tendiendo la mano.

—Insulto sería depositar en la palma de tu mano tan míseras monedas. E insultarme a mí sería hacerme pagar un centén por lo

que bebo. Mis hombres son selectos y yo soy el más selecto de todos. Pago a dobla de oro por vaso que vacío. Toma…

Ella tendió ávidamente la mano hacía las cuatro monedas de oro que el Pirata Negro acababa de depositar sobre la mesa. Carlos Lezama le impidió cogerlas ocultándolas con el antebrazo.

—Tu mano se mancha con míseras monedas. Pero mi oro la ennoblece y tuyas son si me dejas besar el dorso satinado que luce venillas azules.

Ella por vez primera sonrió y su mano quedó en el aire a poca distancia del rostro del Pirata Negro.

—Darme tu oro ningún daño te aportará, Pirata Negro. Besar mi nan0 es osadía que cara puedes pagar.

—Si tú en ello consientes, nada ni nadie pueden prohibir a mis labios que beban el fuego de tu piel, que prefiero al de tu agua cubana.

—¿Me darás las cuatro doblas?

El Pirata Negro asió la mano femenina y apoyó en ella los labios durante un largo minuto. Ella enseriecióse, cogió las cuatro monadas de oro y alejóse bacía otra mesa.

Juanón, el pirata curandero de mofletudos carrillos y bobalicona expresión, tosió en demanda de hablar. El Pirata Negro le miró con divertido destello burlón en los ojos.

—¿Besé mal, Juanón? ¿Quieres aconsejarme modales?

—Quisiera decirte, señor, sin que te enfadaras, que he sabido a bordo que nadie osa siquiera mirar a esa mujer porque tiene “veto”.

—¡Ah! ¿Y con qué comes tú ese manjar llamado “veto”?

—Bien sabes, señor, que “veto” es aquello que un hombre de importancia echa sobre mujer a la que aspira Y dijéronme que a Tula la rondaban los dos jefes ingleses de “La Fraternidad”.

—Me temo que te tendré que azotar cuando a bordo estemos, bellaco bribón. ¿Existe en el mundo mujer a la cual yo, con rendida cortesía, no pueda requebrar? ¿Existe alguien superior a mí?

—Quien lo dudase, señor, sería un borrico. Pero creí advertirte en bien, por si lo ignorabas y sin querer corrías innecesario peligro. Esta es ciudadela fuerte donde imperan hombres sin alma y te puede acechar traidora muerte. Hay peligro, señor.

—¿Qué me dices, frailón gordo? ¿Peligro? ¡Voto a sanes! ¿A qué crees hemos, pues, venido aquí? Vivir donde peligro no hay es

vegetar.

—Son muchos y nuestro barco está lejos—dijo tímidamente Juanón.

—Cuanto mayor el peligro es, mayor es el placer. Y ahora vete, gordinflón. A mí mesa no se sientan los cobardones y a bordo faldas te pondrán para que la comida sirvas a tus compañeros. ¿Te ríes, “Cien Chirlos”? Me das la razón, ¿verdad?

—Yo de ti, señor—contestó muy serio el lugarteniente —habría ya roto los dientes de ese tunante que osa advertirte y aconsejarte prudencia, como si fueras un hombre como los demás.

Juanón, contrito y apesadumbrado, púsose en pie, rodando entre sus dedos el orillo de su gorro de lana.

—Azótame a bordo, señor, pero no me eches de tu lado. Yo... dije cuando dije, porque si tú sufrieras daño yo me mataría por no habértelo advertido. Tú... tú sabes que te reverencio y respeto como si mi padre fueras.

El Pirata Negro prorrumpió en alegre carcajada, mientras con violento empujón hacía sentar al gordo pirata curandero.

—Si tu padre fuera, me daría pena de mí al mirarte, Juanón bellaco. Anda con tiento en tu lengua y remójala ahora a mí salud, si tanto me reverencias. ¿Peligro dijiste? El peligro es mi agua de fuego.

* * *

Bill Paunchy y Joe Bird mantenían una encarnizada partida de naipes bajo una lona tendida en la playa, cuando ante ellos llegó uno de los tripulantes de la goleta de] americano

—Cumpliendo lo que me ordenaste, Bird, vigilo lo que ocurre alrededor de Tula. Ha llegado el pirata español de aquel velero iniciado, y dedicase a cortejarla desvergonzadamente, como si no supiera que tiene “veto”.

Joe Bird tiró al suelo sus naipes. Bill Paunchy recogió el dinero amontonado en la mesa.

—¿Y ella qué dice y hace?—preguntó Joe Bird.

—Le dió de buen grado la mano y el español la besó.

Bill Paunchy levantóse tan bruscamente que su escabel rodó por los suelos. Mordióse la guía de sil mostacho hirsuto y grasiento.

—¡Llama a Rodney! ¡Que venga al acto!

Joe Bird elevó la vista hacia su compañero mientras el pirata-

espía marchábase corriendo.

—¿Para qué llamas a Rodney? ¿No tienes espada? ¿No tenemos suficiente presencia para cortarle los labios a ese insolente español que se ha atrevido a desafiar nuestro “veto”?

—Sus hombres están mercando en el almacén de Le Clerc. Hasta que la compra no termine ya sabes lo que Le Clerc nos hizo votar. Vida salva para quien cambie su dinero por provisiones mientras dure el trato. Pero si ambos no podemos hacerle comprender al Pirata Negro quién somos; ahí viene Rodney que se encargará de ello.

Un corpulento y rubio pirata de largos brazos simiescos, cuyo rostro estaba surcado por ancha cicatriz, plantóse con ademán desafiador ante los dos jefes. Rodney, el inglés, era considerado como la mejor espada de “La Fraternidad” y envanecido de ello siempre andaba como quien busca continua querella.

—¿Me mandaste llamar, Bill?

—Vete a la taberna de Tula. Hay allí un pirata español llamado el Pirata Negro. ¿Lo conoces?

—Le vi esta mañana.

—Compóntela de manera de provocarle. Mátalo… pero mátalo como si fuera lance personal tuyo. Nada te he dicho yo, ¿comprendido?

—Comprendido—dijo Rodney, apoyando con fuerza la mano en la empuñadura de su espada—. Lo mataré porque derramará vino sobre mi jubón y me insultará.

—Eso es. Cuando termines con él, pásate por aquí. Te habrás ganado cincuenta libras de plata.

La cantidad no era mucha; sin embargo los ojos del asesino profesional brillaron codiciosos.

* * *

Carlos Lezama oyó con placer la copla que por lo bajo cantó "Piernas Largas", copla en la que hablaba de una mujer cuja sonrían era clavel reventón y cuyos ojos eran negras joyas que ningún tesoro Igualaba.

—A ti se refiere. Tula —indicó el Pirata Negro a la cubana que cerca de la mesa fingía atender a vecinos Jugadores—. La letra le di mirándote.

Ella volvióse despaciosamente y enfrentóse con el Pirata Negro,

chispeantes los ojos de malicia.

—Pienso, español, que tu imprudencia iguala a tu labia.

—Gran merced que me haces con decírmelo. Ante una bella es tanto más galante un hombre cuanto más imprudente.

—Eres nuevo en la ciudad. ¿Sabes quién soy?

—Estatua de pasión... morena figura que enamora... Eso eres para

—Joe Bird y Bill Paunchy me pretenden, imprudente.

—¿A cuál de los dos correspondes? Porque si corazón de hombre que por ti late es traba para hablarte, nadie puede siquiera suspirar a tu vera. Ya que lisios los pechos que resuellan en tu sala, cantan un himno de amores por ti. El mío es el que redobla con más fuerza. ¿Lo oyes?

—¿No viste que a uno maté cuándo entrabas? Fué para evitarle peor muerte a manos de Bird y Paunchy. Quedas avisado. Dedica tus trovas y tus suspiros a mujer menos guardada y más a tu alcance. Las hay en gran número en la ciudadela.

—No existen las babosas donde vuela la mariposa. Por una sonrisa de tus labios mil muertes desafiaría.

—Prisa pareces tener en perder la vida—dijo ella en voz baja, alejándose presurosa. Acababa de ver entrar a Rodney y adivinó a lo que venía porque momentos antes había visto abandonar la sala al pirata-espía de Bill Paunchy.

Rodney atusándose los bigotes y muy erguido, tras la espalda el extremo de su larga tizona, andó con pausado ademán retador por entre las mesas. Cogió un vaso de encima de una mesa y con él en la mano acercóse donde se sentaba el Pirata Negro, que ajeno a su presencia dictaba nueva letra para coplilla a “Piernas Largas”.

Rodney era maestro consumado en el arte de provocar, pareciendo ser el provocado. Aunque fué su codo el que chocó con el hombro de Carlos Lezama y su propia mano la que volcó el contenido del vaso sobre su propio jubón, fué con gran dignidad que voceó:

—¡Tened más cuidado, forastero! ¡Voto al diablo, que me habéis manchado el jubón!

—¿Qué jubón, qué diablo y qué cuidado? — inquirió el Pirata Negro desde su escabel, insertando los dos pulgares en su cinto.

—¡En “La Fraternidad” no estamos dispuestos a tolerar bravatas!

¿Me oís, forastero?

—Vuestros graznidos se oirían en mar tormentoso. Tampoco yo estoy dispuesto a tolerar bravatas.

—¿Me provocáis, acaso?—preguntó Rodney, retrocediendo un paso.

A ciencia cierta no sé quién provoca a quién. Pero me revientan vuestros modales de matón pendenciero. Contentaos con mancha de vino que vuestra mano vertió torpemente y no andéis buscándole los pies al gato porque soy muy quisquilloso.

—¡Desenvaina! ¡Vas a darme razón de tus insultos, camorrista! — gritó Rodney flameando al aire su tizona.

—Fiero empeño tienes en ensuciar tu jubón—dijo el Pirata Negro, levantándose.

Los jugadores abandonaron por unos instantes los dados y se instalaron más cómodamente para presenciar la muerte de aquel bronceado español que "insultaba" a Rodney. Las mesas vecinas a los dos contendientes quedaron rápidamente desalojadas.

Como espadachín profesional, Rodney aguardó inmóvil besando la hoja de su espada enhiesta verticalmente ante su rostro.

Carlos Lezama cimbreó junto a su sien el acero que acababa de desenvainar. Tula, a espaldas de él, susurró rápidamente.

Ten cuidado. Es duelista de Bill Paunchy.

Resonó la alegre carcajada sempiterna del Pirata Negro. Y con elegante ademán besó la hoja brillante.

—Ataca, inglés. Tengo por costumbre matar solamente a quien puede matarme y me temo que tu espada no en digna de mi temple.

Rodney atacó enfurecido, pero sin perder la cautela adquirida en miles de desafíos. Tanteó la espada enemiga con hábiles latigueos de costado, saltado ágilmente sobre las piernas flexionadas. Trabáronse los dos aceros entrechocando las empuñaduras, y las dos puntas amenazadoras se irguieron juntándose en la cruz así formada los dos semblantes de los contendientes.

—No eres despreciable espadachín —comentó el Pirata Negro a la vez que empujando con violencia la guardia del inglés, abatía la punta de su espada—. Tu tizona habrá perforado a muchos, porque... la estocada que acabas de dirigirme es propia de un maestro de armas. Desafiar así es menester de asesino.

Rodney asestó un hondo tajo mientras su rostro se contraía en

excitada risa de bajos instintos.

—¿Te has dado cuenta de que mi espada va a terminar con tus fanfarronadas?—y masculló una imprecación al ver que con giro de muñeca el Pirata Negro desviaba fácilmente la mortal estocada que tras el tajo habíale dirigido al entrecejo.

—Ya me basta, espadachín—advirtió Carlos Lezama, mientras avanzaba prodigando estocadas que obligaron al duelista profesional a ir retrocediendo—. Yo soy quien te anuncia ahora que tengas cuidado. ¡Para en quinta! ¡Atención a tu flanco! ¡Traba en tercia! ¡Cuidado! ¡Un poco más de atención! ¡Hay una mesa tras de ti! Eso es; apártala de un taconazo.

¡Finta en sexta! Me parece que tus labios tiemblan, ¿no?

Rodney acababa de comprender demasiado tarde que aquella "víctima", una más de las innumerables que con tunta facilidad había asesinado, poseía un dominio insuperable de la esgrima. Intentó desesperado el último recurso. Abatiéndose sobre las dos rodillas lanzóse a fondo y la punta de su espada buscó el estómago de su contrincante. La estocada era la llamada en escuela italiana: "miserere".

El Pirata Negro chocó hábilmente la cazoleta de su espada contra la hoja enemiga que rozó su costado abriendo surco sangriento. Distendióse y con ronco estertor Rodney quedó arrodillado, vacilando lentamente, atravesado el pecho por recio golpe de punta.

—¡"Miserere" para ti, inglés!—gritó mientras retiraba del pecho del vencido la espada.

Rodney engarfió las dos manos como si pretendiera con ellas contener la sangre que brotaba de la herida; desgarró su jubón, dobló la cabeza y sin vida cayó de bruces, quedando macabramente arrodillado con el rostro besando el suelo.

Los jugadores reanudaron los convulsivos salteos de dados; algún que otro bebedor miró con nuevo respeto al forastero que tan limpiamente acababa de matar al invencible "matón" de Bill Paunchy.

Carlos Lezama volvió a sentarse y, espontáneamente, sin poderse contener, "Piernas Largas" rasgó el aire cantando las glorias de los toledanos aceros...

Tula acercóse portando un jarrillo de plata que colocó ante el

Pirata Negro. Este la miró con curiosidad.

—Gracias, bella — dijo, y bebió un sorbo.

—No des gracias por lo que pagas.

—No pago, sino que rindo tributo de oro a la gentileza. Te di las gracias por tu advertencia.

—¿Qué advertencia? — Interrogó ella como si sintiera extrañeza. Pero en sus ojos había luz de ironía.

—Tus pupilas son de terciopelo cuando así miran, Tula. Los bravíos panoramas se embellecen cuando un tibio sol los acaricia, Y es sol la luminosa burla de tus ojos al mirarme. ¿Por qué te burlas de mí?

—Mataste a Rodney... Vete. Te matarán.

Fueron palabras que sólo oyó Carlos Lezama, y no pudo contestarlas porque andando aprisa Tula “La Cubana”, alejóse.

El Pirata Negro tocó en el hombro a “Piernas Largas” y le dijo una frase. El andaluz aclaróse la garganta y lanzó la copla dictada por el Pirata Negro:

“Muerte quiero
si bella la inspira,
que nada hay más fiero
que el vivir del que suspira...”

Tula “Lu Cubana”, sostuvo erguida la frente mirando sin desviar la vista al que antes de salir lanzóla beso de despedida aplicándose dos dedos en los labios. Sólo cuando ya el Pirata Negro y sus tres hombres estaban lejos de allí y no la podían ver, dibujóse en los labios de Tula “La Cubana” una sonrisa de complacencia...

Conocía hombres de toda condición; insolentes, pendencieros, rufianes sin ley, galantes aventureros... Pero ninguna había logrado que ella sonriera...

* * *

François Le Clerc examinó con perplejidad a Bill Paunchy y Joe Bird que acababa de entrar en el vasto almacén donde el Jefe bucanero presenciaba el apartamiento de provisiones para los hombres del velero “Aquilón”.

—¿Y por eso queréis convocar consejo?— preguntó—. Bien, vuestros devotos suman igual que el mío. ¡Grand-Pierre!— llamó a un bucanero—. Advierte a Tristán Martos que le aguardamos para deliberar. Y tú, Groscon invita al Pirata Negro a presentarse ante

nuestro tribunal.

Groscon tardó diez minutos en dar con el Pirata Negro, que a solas, tras haber enviado a los tres piratas al almacén para hacerse cargo de las adquisiciones, paseábase por el alto malecón que bordeaba la playa.

—Mi jefe me manda decirte que vayas al cobertizo de la playa donde está reunido con los otros tres gobernadores—anunció Groscon.

* * *

Tristán Martos, “El Antillano”, habíase hecho acomodar lujosamente el interior de su gruta-morada. Profusión de velas perfumadas iluminaban las ricas colgaduras y los valiosos tapices que adornaban las desnudas paredes socavadas en la roca. Un gran dosel de terciopelo recamado de oro estaba empotrado en el fondo de la vasta y alargada cueva formando a modo de palio encima de un lecho amplio de bruñido nogal incrustado de pedrería.

En el centro una mesa cubierta de deslumbrante mantel de Holanda, rebosaba de vajillas plateadas. Tras un tapiz abríase la pequeña cueva donde el propio Martos se guisaba. Desde que un hermano suyo había muerto envenenado por su cocinero, Tristán Martos comía sólo aquello que él mismo condimentaba.

Sentado en un gran sillón de recto respaldo, Tristán Martos contemplaba fijamente las llamitas de un candelabro colocado ante él. Su agudo oído percibió el roce de unas suelas en los escalones de piedra que trepaban hasta su refugio solitario.

Levantóse y su silueta jorobada proyectóse gigantesca contra los tapires y la colgadura. En la zurda alzó un candelabro, mientras la diestra reposaba sobre una culata de pistola, ni acercarse a la única abertura de su morada.

Vió una figura humana ascendiendo lentamente por la difícil escalera.

—Soy Higinio Arce, señor—dijo el que ascendía, deteniéndose a tres metros de la entrada—. A comunicarte vengo un hecho reciente.

Tristán Mar tos, sin pronunciar palabra, retrocedió volviendo a sentarse. Instantes después entraba Higinio Arce, quedando en pie ante él.

—Han matado a un antillano en la tu taberna de Tula, señor.

—¿Quién?

—Tula. Lo mató porque el intentó abrazarla. Y después vino el Pirata Negro y mató en duelo a Rodney, yéndose tan ufano.

Tristán Martos se levantó; uno de sus brazos se adelantó asiendo por el cuello ni mensajero. La otra mano le asió por el cinto y con una pasmosa facilidad el antillano jorobado elevó por encima do su cabeza el pataleante y corpulento Higinio Arce.

Tristán Martos, como si en vez de transportar a un robusto pirata que intentaba debatirse, llevase un leve almohadón de inerte pluma, acercóse a la entrada de la cueva. Echó un poco hacia atrás los brazos y despidió por los aires el gesticulante cuerpo que trazó un arco aplastándose contra las rocas do la playa, allá al fondo,

—¡Imbécil!—masculló Tristán Martos al sentarse de nuevo—. Viene a decirme que el Pirata Negro se "marchó tan ufano" en vez de anunciarme que como antillano que era, lo apuñaló por la espalda.

Instantes después, desde la playa, y haciéndose portavoz con las dos manos el bucanero Grand-Pierre gritaba repetidamente el nombre del jefe antillano, añadiendo la palabra: "Tribunal".

Tristán Martos descendió pausadamente la escalera vertical. Su silueta jibosa recortábase en el horizonte como la de un monstruo prehistórico que tuviera la facultad de andar por paredes rocosas cortadas a pico.

CAPÍTULO V El diablo sopla…

Carlos Lezama acudió a la convocatoria. Bajo el cobertizo y tras la larga mesa los cuatro jefes gobernadores de “La Fraternidad”, aguardaban sentados. El hirsuto rostro de Tristán Martos manteníase de perfil como si le repugnara contemplar al Pirata Negro.

François Le Clerc sacudióse la gorguera de encajes, y alisó las mangas do su ensaca de negro paño.

—¿Para qué me habéis llamado, hermanos?—interrogó Lezama —. ¿Es que pensáis proponerme alguna adivinanza?

—Has matado a un hombre en la taberna de Tula —dijo Le Clerc —. ¿Es cierto?

—Veamos al nos ponemos de acuerdo mis queridísimos hermanos. ¿Dónde estoy? ¿En tierra mora o en tierra de piratas? ¿Es esa la ciudadela podrida llamada “La Fraternidad?

—Modera tu lenguaje, español—advirtió Le Clerc, frunciendo el entrecejo—. No estoy dispuesto a oír tus impertinencias.

—Ni yo vine a escuchar sandeces. Apenas, llegué, el esbelto Tristán me disparó salivazos estúpidos y ahora os reunís muy seriamente sin daros cuenta que sois grotescos. Si en “La Fraternidad” dos hombres no pueden pelear alegremente, ¿dónde rayos la harán?

—Tú provocaste a Rodney—dijo Bill Paunchy, torvamente.

—¿Rodney se llamaba? Era experto en coser aire con gorda aguja. Le quite de en medio porque intentaba darme tierra y hoya en esa comarca. ¿Acaso os habéis reunido para entonarle responso?

—Nos hemos reunidos para decirte que vamos a votar si puedes o no permanecer en “La Fraternidad”. No queremos intrusos que busquen querella—dijo Le Clerc, con la impasible seriedad de un

escribano-juez.

—Trato tengo hecho contigo de vida salva hasta el fin de mis adquisiciones en tus tenderetes de mercader. Pero no me quiero perder el espectáculo de veros votar, ¡voto al diablo! ¿O acaso también es buscar querella lanzar votos, si no son los vuestros?

Le Clerc desenfundó su puñal manteniéndole con la punta en alto. Bill Paunchy colocó el suyo con la punta hacia abajo, al igual que Joe Bird.

Tristán Martos imitó el gesto de Le Clerc, manteniendo rígido y enhiesto su puñal.

—Mi voto es doble y añadido al de Tristán, suman tres contra los dos de Bird y Paunchy. Puedes, pues, quedarte, español. Pero te advierto que no me gusta tu presencia — dijo Le Clerc.

—Pero tu almacén es tu amor primero y pasas por el disgusto de verme, disgusto que es mutuo, con tal de hacer sonar mis monedas. Bien, hermanos, francamente os confieso que no sé lo qué queréis. Me retan a duelo, me defiendo y eso parece que os apena. Grandes aflicciones os esperan pues, ya que os prometo que no pienso perder mi vida para complaceros.

—Anda, pues, con cuidado, español. Puedes retirarte—dijo Le Clerc.

El Pirata Negro separó las piernas e hincó sus dos puños en los costados, riendo con sorna, frente a los cuatro hombres.

—“Hermanos de la Costa” somos.

Ninguno de nosotros cinco manda en ninguno. Nadie eres tú para ordenarme que me retire, Le Clerc. Me retirare cuando me apetezca, porque no soy tu lacayo y esa es ciudadela pirata y libre. ¿Está claro o hablo en lenguaje de amarillos coletudos? Vine a comprar y compraré; quiero beber y beberé; y si matarme quieren, matare. Ahora vuélvome a mí bordo, porque tal es mi buena voluntad. Mañana por la mañana, regresaré a tierra y espero que actives el despacho de las provisiones que te tengo solicitadas, Le Clerc. Sería de lamentar que por cada hombre que enviéis a asesinarme, tuvierais que reunir consejo y obligar a Tristán Martos a balancearse en el abismo de su palomar. Salud para vosotros os deseo, “Hermanos de la Costa”.

Los cuatro jefes piratas vieron alejarse al Pirata Negro. Nada tenían sus rostros de amables… Al fin, Bill Paunchy propinó un

recio puñetazo sobre la mesa, encarándose con Le Clerc, sentado a su lado.

—¿Dejaremos que ese bravucón nos provoque con sus carcajadas y sus impertinencias? Me avergüenza pensar que un hombre solo nos hable a los cuatro tal como él hace.

—Ten paciencia, Paunchy. Mañana al amanecer habrá terminado la carga del velero. Y podrás entendértelas con el Pirata Negro, porque quedaré yo relevado de mí promesa de vida salva.

—¿Vamos a respetar promesas tuyas como si estuviéramos en tierra de esclavos?—preguntó Joe Bird, airado.

—Si. Las respetaréis—dijo fríamente Le Clerc—. Porque en todas las Antillas nadie debe nunca dudar que yo en mis tratos comerciales soy hombre de palabra. Uno que matásemos en pacto de mercar previsiones y ya nadie vendría a "La Fraternidad".

Tristán Martos habló por vez primera. Lo hizo casi entre dientes.

—Si se odia a un hombre no se mandan segundos para solucionar la cuestión, Bill Paunchy si andas enamoriscado de la cubana dirime en persona tus celos. Y llevo ya soportándole más de la cuenta a tal mujer. Mató esa tarde a uno de mis antillanos y me cansa el engreimiento de la que nada es aquí más que una mujerzuela más.

Bill Paunchy secóse el sudoroso rostro con la palma de la mano y resoplando fatigosamente encaróse con el jorobado.

—Quien de ella algo pretenda en bien o en mal tendrá que vérselas conmigo.

—Y conmigo—acotó Joe Bird.

—No discutamos ahora tales asuntos—intervino Le Clerc—. Nos es preciso más unión que nunca y voto secretamente por la muerte del Pirata Negro tan pronto su velero quedo cargado.

Presurosos Joe Bird y Bill Paunchy asintieron con malsonante afirmación. Tristán Martos nada dijo: se levantó y sin mirar a los tres asociados, marchóse en dirección a su refugio.

Encaramábase poco después por la empinada escalera vertical, cuando Bill Paunchy murmuró:

—¿Por qué se opondría el maldito jorobado a la expulsión del Pirata Negro, si me consta que lo odia con furor de tiburón herido?

—No hace falta romperse los cascos —aclaró Joe Bird—. Maquinará saciar su furor, y por eso no quiso que el Pirata Negro

pudiera abandonar sin daño “La Fraternidad”.

François Le Clerc dirigióse de nuevo al almacén, y los dos inseparables reanudaron bajo el mismo cobertizo su interrumpida partida de naipes. Y enfrascados en el juego no pudieron ver como de detrás de unas matas cercanas, un hombro rechoncho y de cortas piernas iba se alejando casi arrastrándose a gatas por la arena.

La noche tropical era oreada en el mar por fresca brisa y el “Aquilón", anclado a dos millas de la costa, bandeaba blandamente chapoteando contra su casco los leves rizos de espuma del mar tranquilo.

Todos dormían a bordo, menos los vigías de servicio... y tres hombres. Uno el Pirata Negro, que paseaba lentamente por la cubierta de toldilla, mientras junto a él, Juanón procuraba alargar el compás de sus cortas piernas para encajar su paso a la larga zancada ágil de su jefe.

—Buenas nuevas son, bergante. ¿Conque tendiendo la oreja y agazapado tras unas matas oíste no sólo mis palabras sino las que más tarde pronunciaron los cuatro patroncitos de “La Fraternidad”? ¿No sabes, Juanón imprudente, que quien escucha sin permiso pierde en el mejor de los casos sus orejas? Podían ellos haberte sorprendido. ¿Qué habrías hecho?

—Correr... si defenderme no bastaba. Pero así sabes ahora, señor, que se han juramentado para matarte tan pronto el velero esté aprovisionado. Y mandan en turbamulta de asesinos, o séase, que mandan en todos los habitantes de la ciudadela maldita.

—Ahueca el ala, Juanón, que tus sebos apestan y la noche es perfumada. Vete a bodega y que te sirvan vino dulce de mi barril. Cinco copas y a dormir, orejazas. Y tiéndelas con tiento en el futuro, que me disgustaría verte sin ellas y con la lengua colgando en última mueca.

—Por ti lo hago, señor porque te...

—...me reverencias, ¿no?—dijo riendo el Pirata Negro—. Anda, vete, y déjame solo con mi amiga la luna.

Siguió sus paseos Carlos Lezama hasta que le intrigó una luz que brillaba tras un barril de agua en pie junto a una escotilla. Acercóse andando silenciosamente, y sorprendió la figura de Diego Lucientes sentado en el suelo y escribiendo sobre sus rodillas a la luz de una vela asentada en el barril.

—“A Sonsoles, mi amada imposible y por eso tanto más amada”—leyó en voz alta el Pirata Negro por encima de la espalda del madrileño. Y sonriendo burlonamente mientras el madrileño retiraba precipitadamente el papel en el que escribía añadió; —¿Charlatán, aventurero y poeta? Tres cosas en común tienes ya conmigo, Diego Lucientes. Desconfía de luz lunar que llena el alma de dulces sueños. Vive mejor sin poesía durante el día comiendo, bebiendo y luchando, y de noche duerme como bestia. Es consejo para vivir tranquilo.

—No lo sigues tú, señor, porque ha rato que te veo pasear meditabundo. Y la luna brilla igual para todos—dijo Lucientes, poniéndose en pie.

—Tienes otro punto de contacto conmigo. Eres insolente... Pero procura asomar esa cualidad con precaución. Noches hay que mi humor no está en vena de soportar confianzas.

—Perdona, señor, y ya que me honras con tu charla, ¿puedo preguntarle si te gustaron las diversiones de "La Fraternidad"?

—Conocí a la bella Tula, y me creo que es mujer para inspirar coplas ardientes pero no para en ella pensar al influjo de la luna. Es llama viva cuyo crepitar chamusca.

—¿Puedo preguntarte qué piensas de "Reinita", la francesa?

—No la vi. Pienso hacerlo mañana. ¿Es acaso, a ella a quien llamas “Sonsoles” en poética licencia? Porque dados sois los poetastros que letras tenéis, a rebautizar en ángeles las mujeres que amáis.

Diego Lucientes, pese a la penumbra, desvió la vista, pero en su rostro, de simpático truhán asomó leve sonrisa.

—“Reinita” es gatita que no maúlla más que musicales arpegios, señor. Y para mí resúltame más peligrosa que Tula, con toda su altivez y roja sangre ardiente. Porque “Reinita" parece muñeca de porcelana trasplanta en infierno para hacer comprender a los hombres que existen los ángeles... Y siendo ángel por la apariencia, es mala, cruel y mezquina, señor.

—¡Oh, oh, madrileño! ¿Renovóse la herida que los desdenes de la francesita te produjeron? Hay encono en tus palabras. ¿Encono de poco afortunado galán?

—El “veto” de Le Clerc es suficiente para que nadie ronde las faldas y el recato aparente de “Reinita”. Si hablo así de ella, es

porque me precio de conocer a la mujer en general.

—Fanfarrón eres, Lucientes. ¿Acaso en alta mar turbulenta ves el fondo de algas? Nunca hombre puede jactarse de conocer a ninguna mujer en su carácter. ¿Y dices que “Reinita” tienta el “veto” de Le Clerc? El francés es quizás de los cuatro mandones de “La Fraternidad” el que más me crispa los vellos. Afecta aires de superioridad y es un redomado hipócrita mercader con ribetes de escribano y superabundancia de asesinas intenciones.

—¿Por qué no me llevas contigo a tierra mañana, señor?

—¿Qué se te ha perdido en ella? ¿Tu Sonsoles bien amada?

—No, señor. Pensaba en refrán español que dice: “Si las barbas de tu vecino ves rapar, pon las tuyas a remojar". Y si por tus barbas van, no me importa remojar también las mías, señor. Si el “Aquilón” se queda sin tu mando, no me interesa ya navegar en el “Aquilón”.

—Adulador eres, estudiante. Yo voy a decirte otro refrán. ¿Oíste en española tierra el dicho: “El hombre es fuego, la mujer estopa... viene el diablo y sopla”?

—Lo oí, señor. ¿Dónde está el fuego y la estopa? Porque el diablo... ya lo presiento.

Los dos hombres, frente a frente, estallaron simultáneamente en alegre risa. Enserecióse de pronto Carlos Lezama.

—Tu carcajada se parece mucho a la mía, Diego Lucientes. Domínala, así como tu insolencia. El fuego son los tres granujas llamados Le Clerc, Bird y Paunchy. La estopa, bella estopa, es Tula y podrá ser “Reinita”. Siéntome diablo... y con muchos deseo de soplar.

—¿Buscas atizar un fuerte incendio, señor?

—Encender simples antorchas, no me divierte. Lo que yo busco quizás yo mismo no sé. Lo cierto es que me revienta la bellaquería que supone llamar “La Fraternidad” a ese un antro de sangrientos bellacos. ¿Te gusta remar por noche de luna?

—Tanto como vagar por los amaneceres. ¿Qué remos he de empuñar?

—Los de la lancha que nos llevará a la playa. Hay un lugar que quiero ver con penumbra. Tú me lo describirás porque por visitar a gente de noble alcurnia no quiero que el incendio crepite demasiado pronto.

* * *

Genaro de Aguilar, marqués del mismo nombre, estrechaba con animosa sonrisa las manos de su esposa y de su hija. Hallábanse en pie en el centro de la pieza rectangular cuyos tabiques eran leños y cuyas ventanas eran sólidas rejas de hierro. La antorcha empotrada en la pared de madera, desparramaba su vacilante luz sobre la monstruosa figura de Tristán Martos que acababa de entrar. Y la maligna expresión de los ojillos del jorobado al mirar a las dos mujeres hicieron que estas se estrecharan aun más contra los brazos de Genaro de Aguilar.

—Ahí tienes lo que exigiste —dijo el marqués, señalando la mesa—. En la ciudad de Méjico por esas líneas escritas de mi puño y letra percibirás los cinco mil ducados en que has puesto precio a nuestra libertad.

Tristán Martos alargó un brazo cuyo grosor y largura puso nuevos estremecimientos en los hombros de las dos mujeres. Cogió el pergamino y lo leyó trabajosa y lentamente. Al fin, arrollándolo, lo colocó en su faja. Miró de nuevo el retador semblante del marqués de Aguilar, la opulenta belleza otoñal de Olalla de Aguilar y la delicada hermosura de Sonsoles, la hija de los marqueses.

Sin pronunciar palabra, salió el jorobado, cerrando tras sí los cerrojos de la puerta, y por el exterior siguieron resonando los pasos de los dos centinelas que daban vueltas al caserón-cárcel cuya única celda era la ocupada en aquella ocasión por los Aguilar.

De rancia nobleza avileña, el marqués de Aguilar poseía un temperamento despótico y altanero que le había granjeado muchas enemistades. Designado por el Rey como gobernador de la ciudad de Méjico, al cabo de tres años de gobernación, el propio Rey le relevó enviando a otro gobernador más dúctil y menos tiránico. Y al regresar a España el galeón en que como únicos pasajeros viajaban los Aguilar, las goletas de los jefes piratas de “La Fraternidad” habíanse interpuesto en la ruta.

Al abandonar Tristán Martos la reducida y mísera estancia, Olalla de Aguilar dejóse caer con abatimiento sobre el único camastro que había entre aquellas paredes, donde todo el mobiliario lo constituían la mesa de tosco roble y el camastro de paja.

—No te aflijas, esposa. Una vez sea pagado el rescate

volveremos a España, y algún día estaré en condiciones de hacer pagar cara esta acción a esos piratas, que Dios confunda.

Sonsoles abrazóse al cuello de su madre, sentándose junto a ella. Era visible que el mayor de los terrores embargaba el ánimo de las dos mujeres, pese a los esfuerzos del marqués para intentar convencerlas de que nada debían temer puesto que los piratas sólo deseaban un crecido rescate que les sería entregado en la ciudad de Méjico, tan pronto llegasen las líneas escritas por el ex gobernador.

—Vos sois hombre curtido en lances de esta suerte, Genaro— balbuceó la esposa—. Pero yo y mi hija corremos peligro entre...

—¡Bah, bah, querida! — la atajó bruscamente su marido—. No te forjes inexistentes peligros. No hemos de sufrir más que la incomodidad de esta habitación y unos cuantos días de beber agua y comer pan poco apetitoso. Ven aquí, Sonsoles. Tu madre gusta mucho de llorar y no quiero que tú la imites. ¿Confías sí o no en mí?

—¿Si no confiara en vos, padre, en quién podría confiar después de Nuestro Señor?— dijo ella con temblorosa voz.

Abrió el marqués los brazo estrechando entre ellas a su hija, que era su único amor, desde que, tácitamente pero en secreto, marido y mujer habíanse manifestado su mutua aversión.

Oyóse en la puerta, única entrada al caserón-cárcel, el forcejeo de una llave y, rechinando pesadamente, el cerrojo se abrió. Un rayo de luna entro y a su luz se dibujó la silueta de un hombre embozado en negra capa, cubierta la cabeza un ancho sombrero de rectas alas.

Adosándose a la puerta, de nuevo cerrada, el recién llegado separó levemente el embozo de su capa. Genaro del Aguilar, manteniendo abrazada su hija, levantó orgullosamente la cabeza.

—¿A qué vienes a importunar, Pirata? ¿No se llevó ya el jorobado amigo tuyo la carta exigida?

—Amigos no tengo y los jorobados ofenden mi buen gusto. El tiempo apremia—habló el embozado—. He pasado a cuchillo a los dos centinela Acompañadme.

Olalla del Aguilar se levantó impulsivamente, corriendo hacia el embozado, pero extendiendo un brazo la detuvo su marido.

—¿No ves que es otro pirata? Sólo bandidos de esta calaña tienen libre acceso a “La Fraternidad”. Yo soy el marqués del

Aguilar y no voy contigo, Pirata.

Tu marquesado y tú me importáis un bledo. Si me arriesgo es por ellas dos, las mujeres honestas nada tienen que ganar en “La Fraternidad”.

—Detente, Olalla— y el marqués contuvo a su esposa—. Quedemos donde estamos. Ese no es más que otro bandido, que deseará para él un rescate traicionando a sus otros asociados. Y por el cielo, juro que no te saldrás con la tuya. Dos manos tengo libres para estrangularte si te acercas.

—Tanta bravura estúpida la debiste demostrar a bordo del galeón, impidiendo que ellas cayeran presas. No pertenezco al cuatriunvirato, ni a nadie traiciono, y yo también, por el cielo, juro que si no fuera por ellas ahí te dejaba que te pudrieras, insensato. Cuando ellos entren en poder del rescate os matarán, y tú serás el mejor librado porque hombre eres.

El marqués del Aguilar avanzó unos pasos hasta enfrentarse con el Pirata Negro. Tendió una mano señalando la puerta:

—Vete por donde viniste, que ya la horca se encargará de ti.

—Lindo agradecimiento. Por suerte de cuanto hago nunca espero gratitud. Lo hago porque tal es mi voluntad.

Inesperadamente y con la celeridad de un relámpago, el brazo derecho del embozado salió de la capa proyectándose con tanta fuerza contra el rostro del marqués, que la puñada resonó huecamente contra la sien del ex gobernador de la ciudad de Méjico.

El Pirata Negro avanzó, pasando su hombro bajo el sobaco del contuso que tambaleábase a punto de desplomarse, perdido el sentido. Lo levantó con facilidad, atravesando el cuerpo del desvanecido sobre sus espaldas.

—Lo siento, mis distinguidas señoras, pero no hay tiempo que perder. Quiéralo él o no, yo no estoy dispuesto a consentir que os quedéis aquí. Seguidme.

En la penumbra de la noche, al salir tropezaron los pies de Sonsoles del Aguilar con un cuerpo tendido, brazos en cruz, cara al cielo. Era un centinela apuñalado. Estrechándose convulsivamente contra su madre, siguió andando tras la sombra que cargaba a sus espaldas el cuerpo sin sentido del Marqués del Aguilar.

* * *

Diego Lucientes aguardaba en la lancha arrimada a un embarcadero natural formado por una roca de lisa superficie alta colindando con el mar. La pequeña caleta estaba casi oculta por el semicírculo de vegetación que crecía en las riberas, y pese a que la luna no penetraba hasta el lugar donde se hallaba la lancha, Diego Lucientes embozóse el rostro en la capa y descendió sobre sus cejas el tricornio, cuando vió acercarse el grupo del Pirata Negro con su humana carga y las dos mujeres.

—No estés ahí inmóvil, bachiller— apremió el Pirata Negro—. Ayuda como hombre galante que eres a entrar en tu cascarón a las damas.

Olalla del Aguilar apoyóse en la mano tendida, y más que sentarse dejóse caer en el banquillo de popa; sentíase a punto de desvanecerse. ¿Habían huido de algo horrendo para caer en trampa peor? Sonsoles no pudo fijarse en que la mano del remero sostenía demasiado tiempo la suya, aun cuando hallábase ya sentada junto a su madre. También a ella obscuros temores la asaltaban haciéndola creer que vivía momentos de pesadilla. Los centinelas apuñalados, aquella cautelosa caminata en la noche, su padre transportado como un fardo, los dos embozados, aquella lancha bamboleándote en la obscuridad de la pequeña caleta...

—Tus manos en los remos, estudiante—ordenó el Pirata Negro— Boga lindando las rocas hacia el sudoeste. Te avisaré cuando lleguemos.

Diego Lucientes quedó con el rostro aun más oculto cuando, remando, su capa arrollóse alrededor de su semblante. El Pirata Negro asió una soga echada en el fondo de la lancha, y, diestramente, en la obscuridad, ató los tobillos y los puños del marqués, que seguía desvanecido. Extrajo del bolsillo del faldón de la casaca de Genaro del Aguilar un gran pañuelo, con el que hizo una torcida amordazando al rescatado contra su voluntad.

La lancha surcaba silenciosamente las negras aguas, a poca distancia de las blanquecinas masas de rocas. El Pirata Negro sentóse en el remate de proa.

A vos, señora dijo dirigiéndose a Olalla del Aguilar, que le contemplaba despavorida, que presumo seréis la muy noble dama marquesa, os debo advertir de algo que espero en vuestro propio bien cumpliréis. Por el escaso tiempo en que he tenido el escasísimo

honor de hablar con vuestro esposo, he comprobado que gasta genio y a destiempo. El juraba por el cielo sin tener en cuenta que con su torpe resistencia os enviaba a las dos a muerte infernal. Para evitar que él consiga su propósito, lo he maniatado sólidamente así como puse mordaza en su boca. No os alteréis más de lo que ya estáis, mis distinguidas señoras. Os he de pedir que desobedezcáis vuestros deberes de esposa y de hija. Nos dirigimos ahora a cueva cuya entrada estará cubierta pronto por marea. Allí habréis de permanecer hasta mañana tarde...

—¿Si queréis salvarnos, por qué no nos lleváis lejos de esta isla? —preguntó Sonsoles temblando, pero afirmando su voz.

—Quizás vos misma comprobéis mañana que por el instante, el único lugar en que a salvo estaréis es la gruta a la que os llevo. Y ahora os ruego que rae prestéis suma atención; vuestra salvación dependo exclusivamente de dos cometidos: que sepáis aguardar en la gruta sin moveros y para ello bajo ningún concepto libertaréis al excelentísimo y muy honorable señor marqués de las amarras con que yo mismo le he obsequiado. Gritaría, con lo que vendrían de nuevo a apresaros, y doy mi palabra de que esta vez no acudiría yo, o intentaría alejarse conduciéndoos a una muerte segura e infame en esta isla, infestada de hediondos piratas. ¿Prometéis cumplir con lo que os pido?

—Lo prometo — dijo rápidamente Sonsoles— Tarde es ya para pensar; si obro bien o mal, pero quiero confiar en vos, señor...

—Llámanme Pirata Negro. Pero no hagáis cuso al apodo, ya que ante las damas me llamo Carlos Lezama, y por saber mejor que vuestro padre de qué son capucen los pimías comunes, es por lo que velo con más escrupulosidad por vuestra honra. ¡Vira a estribor, bachiller!

La lancha entró en obscura gruta; cuya entrada afloraba a ras de agua. Las tinieblas eran completas, hasta que el Pirata Negro encendió una antorcha a cuya luz vióse que las salitrosas paredes encerraban una concavidad a modo de pequeño lago, al final del que una diminuta meseta elevábase.

Desde la lancha, Diego Lucientes cargó con el marqués, que, recuperado el sentido, condensaba en sus ojos todo el furor que le embargaba, pero estaba demasiado bien atado para poder manifestar prácticamente su ira.

Saltó el Pirata Negro al suelo y ayudó a las dos mujeres a pisar la roquiza altura.

—Aquí estaréis a salvo hasta que regrese a buscaros. Y recordad lo prometido, señora, si vuestras vidas queréis salvar.

Diego Lucientes demostró ser poco cuidadoso en el trato a un hombre convertido en fardo. Arrojó con fuerza el cuerpo del marqués al suelo y empuñó de nuevo los remos.

Si la gruta era estrecha y pequeña, era en cambio hondísima en longitud... La luz de la antorcha que iluminaba a los tres nobles fué disminuyendo, hasta desaparecer del todo cuando la lancha salía ya a la mar libre.

—Paréceme, bachiller, que no te preocupó romperle alguna costilla al excelentísimo cuando lo depositaste con tan poca ternura contra el duro suelo. ¿Acaso ignorabas que era el muy excelentísimo y muy honorable Marqués del Aguilar?

Remando en dirección al "Aquilón", Diego Lucientes desembozóse el rostro y sonrió picarescamente.

—No respeto más títulos que los que yo mismo otorgo. Y parco soy en concederlos.

—Vendrás, pues, a decir lo mismo que yo. Que sólo respetas la nobleza de las acciones, no los títulos que se llevan.

—Así es. Más marqués eres tú, porque noble ha sido tu acción, señor. Y, ¿qué importa te llamen el Pirata Negro si plasmas para mí la imagen de un aventurero leal, a usanza de los cruzados antiguos?

—Como el hidalgo Alonso Quijano, témome que leíste demasiados libros de caballerías—y estallando en alegre carcajada, señaló el Pirata Negro la luna en el obscuro firmamento—. ¿La ves? Ella es la responsable. Te dije ha poco que habías de desconfiar de la luz lunar, porque impregna el alma de romanticismo. Y si el Marqués del Aguilar vuelve a las Españas, no será porque yo, el Pirata Negro, le haya salvado, sino porque obedecí al plateado reflejo debilitante de la luna que nos hace cometer inesperadas acciones y meternos en asuntos que no nos importan.

Diego Lucientes, próxima ya la lancha al "Aquilón", rió alegremente. Y su carcajada sonó muy semejante a la del Pirata Negro.

Capítulo VI Una poesía, un clavel y un prisionero

Las primeras luces del amanecer teñían de sonrosados matices el caserón donde el viejo bucanero Gros Jean, ayudado por “Reinita”, atendía a los numerosos bucaneros que, madrugadores, tomaban el desayuno para dirigirse poco después al interior, a la caza de las fieras, cuya carne y piel les suministraba la principal fuente de ingresos.

“Reinita”, ojos bajos y recatados ademanes, semejaba más bien colegiala extraviada entre aquella turba do malolientes bucaneros. Sólo de vez en cuando sus azules ojos cándidos se posaban fugazmente en un joven bucanero de anchas espaldas y audaz mirada, que comía lentamente sin apartar de ella la vista.

Fué vaciándose el caserón de sus habituales clientes y pronto quedaron solos Gros Jean, “Reinita” y el joven bucanero. Gros Jean, casi ciego a resultas de un feroz combate en la isla de los Cuervos[2], encaminóse hacia la playa con dos odres vacíos.

“Reinita” desapareció en una habitación posterior del caserón donde antes de entrar volvióse, y sus cándidos ojazos azules posáronse sumisa y tímidamente en el joven bucanero.

Con fiero ademán, el joven bucanero echó hacia atrás la cabeza y sus largos cabellos cayéronle sobre los hombros mientras se levantaba.

—Es peligroso—susurró ella cuando él hubo entrado—. Le Clerc...

—Le Clerc se cree omnipotente, mi Iluda. Y yo no reconozco más omnipotencia que la tibieza de tus labios.

Con gesto remilgado fingió ella oponerse al rudo abrazo del

joven bucanero, pero aceptó el beso con tanta delectación, que ambos no pudieron ver que en la ventana un rostro burlón les contemplaba, retirándose casi inmediatamente.

Media hora después, el Joven bucanero Salía del caserón deslizando una mirada de soslayo, pero sin inquietud, hacia el hombre que, «poyado en un árbol que distaba media milla del caserón, cruzaba indolentemente los brazos.

"Reinita" apareció poco después ante la puerta del caserón. Modosamente, terció sobre el regazo un bastidor rústico, y sentándose empezó a bordar encaje francés.

Alzó la vista cuando en el suelo y ante ella se proyectó una sombra. Aletearon tímidamente sus párpados y continuó mirando su labor.

—Buenos días, preciosa. ¿Puedes dar de beber a un sediento?

—Cuando papá no está nadie entra —murmuró ella en un susurro.

—¿Papá? ¿Quién es papá?

—Así llamo a mí tío Gros Jean, por que me hace las veces de padre. Y no insistáis, forastero, papá me tiene prohibido que sirva a nadie si él no esta.

—No insisto—y el Pirata Negro sentóse en un banco cercano a ella.

Sonreía reconociendo que Diego Lucientes no se había equivocado al juzgar a "Reinita". Deseoso de hablar con Gros Jean, había dado vuelta al caserón para sorprender, contra su voluntad, la tierna escena de amor entre el joven bucanero y "Reinita", Y la hipocresía era defecto que no perdonaba Carlos Lezama, para quien el verdadero valor consistía en tener el valor de sus actos.

—Dime, "Reinita", ¿no te asusta vivir en sitio tan mal poblado?

—¡Oh, sí, señor! Pero papá me protege y nadie se atreve a importunarme, porque todos saben qué honesta soy.

—La virtud que en tu linda faz res pía micro me conmueve, francesita. No por hija do tabernero, menos respetable eres para mí. ¿Permites que poesía te recite?

—¡Oh, no, señor! Es feo aceptar trovas de forastero desconocido.

—No son trovas por mi cacumen rimadas. Es poesía que un español compuso poco antes que su destino se cumpliera. Mojó la pluma en sangre de desdenes y más tarde su poesía se empapaba en

la propia sangre de sus venas.

—Me asustáis—dijo ella con deje de gazmoña atemorizada.

El Pirata Negro rió irónicamente, y mirando fijamente el rostro sonrosarte y pudibundo de “Reinita”, empezó a recitar:

“La hija del tabernero está sentada a la puerta.

Es un sensual avispero su aire de mosquita muerta.

Yo sé que una noche habrá en la taberna alboroto y que un hombre maldecirá lívido y el pecho roto.

Y sé que al día siguiente ella seguirá a la puerta, con su carita inocente y su aire de mosca muerta.”

Y sé que ni día siguiente ella seguirá a la puerta, con su carita inocente y su aire de mosca muerta.”

La francesa estrujó entre sus manos la labor de bordado. Pasó por sus ojos un destello de ira que prontamente aplacó, pura sonreír tímidamente.

Poco galante es la trova, forastero. Habla de mosca muerta. Pero bien decís que fue compuesta por español poeta y se referiría a otra muy distinta a mí.

El Pirata Negro se levantó, dedicando una leve inclinación de busto a la sentada “Reinita”.

—Volveré quizás más tarde, linda. Atiéndeme consejo que quiero darte: si no quieres que un joven bucanero, de largo cabello rubio, maldiga lívido y el pecho roto... cierra tu ventana.

Las mejillas de “Reinita” se inflamaron en súbita rojez y sus labios temblaron malignamente.

—¿Qué quieres decir, bribón?—exclamó olvidándose de su afectado recato que era su mejor arma.

—Que Le Clerc puede quizás amoscarse si ve que su mosquita muerta es sólo un sensual avispero hipócrita. Y perdona la brusca advertencia, pero eres jovencita, que derecho tiene a vivir como la plazca mejor, aunque más ganarías abandonando tu careta y dejando lucir tu carita tal como es en realidad. Amor es cosa bella si se proclama sin temor a todos los vientos.

Ella había reflexionado velozmente y ahora tendió las manos cruzadas en ademán suplicante y supo verter dos lágrimas, que, siendo de miedo, parecieron de confusión.

—Os imploro que nada digáis de lo que visteis. Pedidme lo que queráis, que dispuesta estoy a conceder con tal de que guardéis

silencio.

—Mal me has mirado, linda. Lo que veo para mí lo guardo. Concederme sólo te pido que cierres tus ventanas, porque formáis bella pareja tú y el joven bucanero... mientras sigáis en vida. Hasta la vista, “Reinita", y no olvides la poesía del español. Evita que el alboroto en la taberna siegue la vida y el corazón de tu joven amante.

* * *

Tula "La Cubana” desatendía aquella mañana muchas de las peticiones que del interior partían. En pie en el umbral miraba fijamente el punto blanco que en el horizonte formaba el velero “Aquilón” y su pecho se agitó a impulsos de una incontenible emoción cuando vió avanzar por la calleja arenosa al Pirata Negro.

Ella salió del dintel e interceptó el paso del recién llegado.

—Vete a tu nave, si aun estás a tiempo de llegar. Corres peligro y esta vez...

—Bello clavel llevas en tu escote, Tula. Rivaliza en carmesí con tus hermosos labios.

—Te buscan, Pirata Negro. Te...

—Llámame Carlos. ¿Me das tu clavel?

Ella, nerviosamente, quitóse del escote la flor que tendió al Pirata Negro, que besó la mano y la flor. Con el clavel rozando sus labios, sonrió irónicamente:

—¿Qué te debo por la flor, Tula?

La cubana, casi con fiereza, arrebató el clavel, que de nuevo colocó en su escote. Irguió la cabeza con ademan airado.

—Lo que doy de buen grado no tiene precio, pirata. Pero por ser quien soy, puedes insultarme.

—lábreme el infierno de cometer tal pecado, bella. Oí decir que tú nada dabas si oro no sonaba...

—Si tan buen oído tienes ¿no has escuchado las pisadas de piratas y bucaneros que andan buscándote para apresarte? Han hallado los dos centinelas de la prisión de rescates apuñalados y han desaparecido los tres nobles. Tristán Martos te acusa a ti...

Dame ron azucarado, bella. El sol arde y sombra quiero.

Ella hízose a un lado, mientras el Pirata Negro entraba al interior. Y acodándose en la estantería, aguardó. Dos antillanos abandonaron la sala.

—¿Los viste? — susurró ella mientras vertía ron en jarrillo de plata que eligió cuidadosamente de entre varios.

—Correveidiles seguramente de Tristán Martos. Pero hombre que como yo tiene siempre la conciencia tranquila, nada teme—dijo sonriendo el Pirata Negro—. Rico jarrillo, bella.

—Es el mío. Nadie bebe en él.

—¿Ni siquiera el larguirucho inglés o el panzudo americano?

—Sólo mis labios tocan esa plata. Pero ¿eres loco o tu vida te resulta insoportable tortura?

—Tortura la de oírte respirar tan cerca do mí, y locura la que por mis venas asciende, contemplando tu belleza fiera y noble porque no es hipócrita.

—Te mataran... Carlos. Huye, que aun estas quizás a tiempo...

—El clavel, ¿Quieres perdonarme y dármelo? Contra sus pétalos mi piel alentará pasión. Dámelo y déjame de nuevo besar tu mano.

Ella desprendióse la flor del escote y la introdujo en un eslabón de la cadena de oro que pendía del cuello del Pirata Negro. Este cogió las dos manos femeninas, que besó lentamente recorriendo a suaves besos el antebrazo hasta el codo.

Desprendióse ella bruscamente, retrocediendo con los ojos chispeantes. Siguió el Pirata Negro la dirección de su mirada, aunque le había ya advertido el repentino silencio que se enseñoreó de la taberna.

En el umbral, François Le Clerc, Joe Bird, Bill Paunchy y Tristán Martos estaban en pie, inmóviles. Bird y Paunchy encañonaban al Pirata Negro con sus pistolas. Ante ellos se colocó la atlética mole del jorobado.

El Pirata Negro adosóse con indolencia en la estantería.

—Buenas mañanas, hermanos de la Costa. Madrugadores sois a fe mía. ¿A quién deseáis someter a preguntas de juez?

François Le Clerc dió sucesivamente un golpe en cada antebrazo de los dos jefes piratas sajones.

—Enfundad armas. No venimos aquí a pedirle cuentas de su galanteo a mujer que no sabéis guardar. Date preso, Pirata Negro.

—¿Preso yo? ¿A santo de qué?

—Tú solo puedes haber sido quien matando a los dos centinelas ha liberado a los marqueses del Aguilar, los tres prisioneros españoles que teníamos en la cárcel en espera del rescate.

El Pirata Negro estalló en su peculiar carcajada burlona.

—¡Valiente empeño tenéis en achararme inexistentes delitos! Reflexiona, Le Clerc, en lo que dices. ¿Si tal desaguisado hubiera cometido, estaría aquí bebiendo ron azucarado? Tiempo ha que orzaría a favor del viento rumbo a las costas del Yucatán. ¿Por qué había yo de preocuparme por marqueses? Así se pudran todos.

—Date preso, repito. Tú los liberaste para conseguir rescate y robarnos lo que nos pertenece.

François Le Clerc dió un paso más y tras él los otros tres jefes piratas imitaron su avance.

—Tengo vida salva que tú prometiste, Le Clerc. Si intentáis ponerme una mano encima, de cuatro que sois quizás queden menos de la mitad. Yo podré emprender el camino final sin alforjas, pero cundirá por el Caribe la voz de que los hermanos de la Costa matan a sus cofrades y no respetan la promesa debida a quien sólo viene a mercar, aunque le acusen de felonías calumniosas. ¿Rescate? Lo ibais a compartir entre cuatro. ¿Quién te garantiza, Le Clerc, que uno cualquiera de tus compinches no ha sido quien, para sacar la gran tajada, ha apuñalado a los centinelas y ha ocultado a los prisioneros? Piensa en ello antes de cometer acto imprudente como remate a tu imprudencia al acusarme sin motivo.

Tristán Martos separó a Le Clerc; su gesto quiso ser simplemente el normal apartamiento de un asociado, pero mandó al francés tres pasos más allá. El jorobado escupió en el suelo.

—Feo gesto, antillano. Hay una dama delante. Me obligas a imitarte para que compartamos la falta de galantería y a menos culpa te toque.

Y el Pirata Negro escupió a los pies del jorobado. Tristán Martos desenvainó y su gesto fué también imitado por el Pirata Negro.

—¿Pelea quieres, antillano? Empieza... porque harto estoy ya de todos vosotros, que sois unos calumniadores peleones, indignos de llamaros Hermanos de la Costa. Con mi muerte se acabará tu almacén de mercader, Le Clerc. Las olas del Caribe hablan mucho...

—¡Detente, Tristán!—gritó Le Clerc aplicando su mano en el antebrazo del jorobado—. Llevémosle a su bordo y allí dirimiremos la cuestión poniendo en claro la verdad. ¿Te niegas a acompañarnos a tu velero?

—Mi velero se honrará enormemente con vuestra visita—dijo el

Pirata Negro saludando con su espada, que envainó a continuación —. Pero formad un círculo amplio que no me respalde. A los costados llevo siempre mis invitados, nunca a las espaldas. Sería en mí descortesía. Y cincuenta hombres tengo a bordo. Sólo, pues, a cincuenta de vuestros hombres pueden atender, sin faltar tampoco a nuestra proverbial cortesía.

Le Clerc fué susurrando al oído de sus restantes asociados algunas rápidas palabras. A regañadientes los dos sajones abandonaron la sala, deteniéndose en el umbral. Tristán Martos les imitó.

—¿Estáis ya de acuerdo? ¿Ron, Madeira o coñac francés? ¿Qué habéis elegido para beber a mí bordo?

—Nadie te atacará si no intentas alguna trampa de las que dicen eres fecundo—advirtió Le Clerc—. Vendrás conmigo en mi lancha, y sólo nos acompañarán lanchas que lleven cincuenta hombres.

Salió la extraña comitiva de la taberna, yendo a la cabeza Tristán Martos ceñudo y bamboleando sus largos brazos. Tras él iban los dos sajones aun más ceñudos, y a dos pasos seguía el Pirata Negro llevando a su lado al jefe bucanero.

Llegando a la playa, dió rápidas órdenes Tristán Martos. Formóse nueva comitiva: dos lanchas abrían la marcha hacia el velero, anclado a dos millas, y transportando al antillano y a los dos sajones. Tras ellos iba la lancha en que sentábase a proa Le Clerc, mientras a popa el Pirata Negro hincados los pulgares en su cinto, silbaba entre dientes unos compases de burlesca canción.

A los costados de las dos lanchas cinco balleneras transportaban diez remeros cada una.

—Adviértole, Le Clerc, que en el “Aquilón” manda durante mi ausencia un guapetón llamado “Cien Chirlos” y es muy quisquilloso porque así lo he educado. Antes de atracar tendré que dirigirle la palabra a de lo contrario si mal pensará escupirían fuego las culebrinas como bienvenida al honor que me hacéis de escoltarme.

—En tu buque tú mandas—dijo lacónicamente el francés.

En la cubierta del “Aquilón” se apiñaron todos los tripulantes contemplando las lanchas que se acercaban. Poniéndose en pie, el Pirata Negro hízose portavoz con las manos ahuecadas.

—¡“Cien Chirlos”! ¡Oído al parche! —gritó estentóreamente.

Con no menos volumen de voz desde lo alto, replicó el segundo:

—¡A la escucha, señor!

—¡Todos en hilera a borda estribor! ¡Despejad borda babor! ¡Los jefes de la Fraternidad honran nuestro velero!

Por la escala lanzada al costado subieron a la par el Pirata Negro y François Le Clerc. Los tripulantes del “Aquilón” formaban en hilera en la borda opuesta. Saltaron a cubierta Tristán Martos y los dos sajones, que aguardaron a que en la borda de babor fueran formando los cincuenta piratas qué les acompañaban.

—Si realmente eres inocente de lo que yo te acuso, Pirata Negro, permitirás que sea registrado tu barco desde la torreta de cofa hasta el fondo de la cambusa.

—Si tal es tu capricho, Le Clerc, acepto. Supongo que desearás enterarte de cómo está construido el mejor de los barcos que rasga las aguas de las Antillas. Pero… tengo vajilla de plata y no quiero perderla. Que registren tus tres compinches acompañados por mi segundo y tú y yo nos quedaremos aquí a cubierta respirando ese aire tan delicioso. ¡“Cien Chirlos"!

El pirata del rostro corcusido avanzó corriendo, llevando entre dientes su corvo sable de abordaje. El Pirata Negro chasqueó la lengua.

—¿Qué modales son esos de recibir mis invitados, carota fea? Coloca tu pincho donde debe estar y acompaña a esos tres… hermanos por todo el barco. Tienen mi autorización para hurgar cuanto quieran y meter las narices por donde se les antoje, pero que tengan quietas las manos.

El Pirata Negro paseaba en silencio por entre las dos hileras de hombres en pie a ambos costados del buque anclado. De pronto resonaron unos rugidos acelerados, que al ir creciendo en sonoridad hicieron sonreír a Carlos Lezama.

—¿Qué es eso?—preguntó a gritos Le Clerc acercándose a Lezama.

—Mi gato. No admite visitas en mi camarote, pero podrán verlo desde la lucarna. Solo hay una mesa, mi litera y un estante de libros. Nadie puede ocultarse en el interior. Si quieres entrar a cerciorarte sin que yo esté presente lo celebraría y “Satán” aún más porque le gusta mucho la carne cruda y la jiba del antillano debe ser bocado sabroso, como lo es la paletilla de cerdo.

Instantes después Tristán Martos y los dos sajones subían a

cubierta; y sin el menor comentario el jorobado descendió por la escala hasta entrar en una lancha. Señaló al remero otra barca y él solo y fruncido el rostro, alejóse remando.

—Bien, Pirata Negro, espero que sabrás comprender que eran lógicos mis recelos—empezó a decir Le Clerc mientras los dos sajones bajaban la escalera de cuerda—. Fué el antillano quien te acusó y yo tenía la obligación de comprobarlo. Entre hermanos...

—...no hay rencores. Y si son de la Costa, como nosotros, justo es que no nos fiemos ni un pelo el uno del otro.

—¡No digas! Mi palabra es siempre palabra de hombre cabal. ¿Volverás a tierra?

—Sí querido hermano Le Clerc. Al crepúsculo, cuando falte sólo uno de tus lanchones pura que la carga de provisiones esté completa, vendré a pagarle la otra mitad del precio concertado. La paz sea contigo, hermano Le Clerc.

Alejóse la lancha que se llevaba a los jefes piratas. Volvióse Carlos Lezama hacia los cincuenta “ciudadanos” de La Fraternidad.

—¡Presto, largaos!—gritó riendo—. ¡Apesta el aire! ¡Más prisa, bellacos!... Ayudadles a salir, mis valientes. Pero no empleéis más que las punteras de vuestras botas...

Precipitadamente fueron saltando por la borda los acompañantes de los jefes piratas. “Cien Chirlos” iba pies desnudos. Fué quizás por esto que en vez de emplear puntera que no tenía azuzó alguna que otra posadera de los que huían en busca de sus lanchas, con la punta de su puñal.

Apenas hubieron pisado la playa de regreso de su frustrado registro del “Aquilón”, Joe Bird y Bill Paunchy emprendieron el camino arenoso que conducía a la cercana calleja donde se erguía el caserón que era taberna y domicilio de Tula, “La Cabaña”.

CAPÍTULO VII La emboscada

Andaban a paso largo y en silencio, y si uno pensaba en rojo clavel que vió lucir en cadena colgante del cuello del Pirata Negro, el otro pensaba en las manos y en los brazos de Tula besados por el portador de la flor reventona y roja que había abandonado el escote de la mujer que ellos consideraban su única pertenencia hasta que ella eligiera entre los dos.

—“Eso” termina hoy, Paunchy—dijo el inglés—. Nos someteremos a su elección, pero ella no juega más con nosotros dos.

—Tentaciones tengo de matarla y que para ninguno de los dos sirva, Bird. ¿Te opones a que la apuñale?

—Hay tiempo para hacerlo... más tarde. Después de que consigamos dos palomos del mismo pistoletazo. Cuando al crepúsculo termine la vida salva prometida por Le Clerc, ¿no te gustaría beberte la sangre de ese canalla Pirata Negro?

—Con tal de poderlo hacer, sería capaz de no beber más vino en toda mi vida. Siempre he reconocido tu talento como urdidor de tramas ingeniosas. ¿Qué te propones?

—Déjame a mí hablarle a ella y verás cómo conseguimos dos cosas. Pero debes sacrificarte, Paunchy. A ella tendremos que matarla... después. Nos ha puesto en evidencia y si no queremos que nuestros hombres se burlen de nosotros hay que demostrar quién somos.

—¡Maldita mujerzuela! se engrió porque la distinguimos con nuestra galantería. Pero ahora que la he visto dar su flor al pirata Negro y aceptar sus besos como enamorada labradora de tranquila tierra, ya sólo podrá calmarme el matarla.

Los dos sajones, al entrar en la sala, hicieron a la vez un solo ademan. Señalar con la mano la puerta por la que acababan de

entrar.

—Fuera todos— dijo sordamente Joe Bird.

—¡Se acabó el venir aquí! — rugió Bill Paunchy—. Quien de vosotros vuelva a este lugar tiene pena de horca. Proclamadlo así por todas las calles de “La Fraternidad”.

Uno a uno fueron abandonando la taberna todos sus ocupantes. Tula pasó tras el mostrador de la estantería. Sirvióse ron en el jarrillo de plata y echó azúcar líquido; su mano temblaba cuando bebió, mientras los dos hombres avanzaron por la sala vacía hasta detenerse ante la estantería.

El larguirucho inglés atrajo un escabel y sentóse pellizcándose la gruesa nariz ganchuda, prietos los labios delgados en mueca amenazadora Bill Paunchy, tras propinar un recio puñetazo en el madero del mostrador, avanzó una mano en garra hacia la garganta de Tula, que retrocedió apoyando sus espaldas contra la estantería de licores y barriles.

—Calma, Paunchy. Siéntate a mí lado, y déjame hablar con mi inteligente diplomacia — dijo el inglés—. No asustes a nuestra paloma, porque ella podrá quizás explicarnos los motivos por los que después de jurarnos que do uno de los dos sería, prodigó sonrisas y arrumacos al español, dejándose por él besar.

—Ni prodigué arrumacos ni me dejé besar. El me forzó…

—Ayer mataste a un antillano con muy buen tino—comentó Bird —. ¿Por qué lo mismo no hiciste con el Pirata Negro?

—Tenía vida salva que vosotros le prometisteis. No podía matarlo porque, de hacerlo, Le Clerc me habría mandado colgar.

—¿Y el clavel, serpiente embustera?—estalló Bill Paunchy—. ¿También se lo diste porque te forzó?

Tula se encogió de hombros con desdeñoso ademán.

—Me dais pena—murmuró—. Os creía inteligentes y tenéis menos sesos que un frasco vacío. Al menos tú, Joe, que estimaba como inteligentísimo, creí que supieras comprenderme.

—¡No hagas caso, Bird! — gritó Paunchy—. Te está engatusando y nos va a soltar sarta de embustes.

—Déjala hablar que yo con mi cerebro privilegiado adivinaré cuando miente y cunado dice verdad. Explícate.

—El Pirata Negro tiene fama de poseer mucho oro y ser muy generoso. Ayer me dió por cuatro vasos cuatro doblas de oro. Nunca

os he negado que poseer oro, mucho oro, es mi ambición. Por eso resolví aguardar al crepúsculo y fingiendo amores por el español atraerlo a trampa en que perdiera su vida y su oro.

—¿Crees acaso que somos tan tontos como para creerte o que él es tan tonto como para caer en tan burda trampa?—gritó Bill Paunchy.

—Siempre hombre que sucumbe a pasión amorosa pierde caletre — dijo doctoralmente Joe Bird—. Medio hay de comprobar si dices verdad, Tula. En todo el día no nos separaremos de tu lado, y al anochecer llamarás al Pirata Negro. De qué medio te valdrás para hacer que venga es cosa que dejo a tu albedrío, pero no por ello te moverás de aquí ni saldrás un solo instante de nuestra presencia. ¿Qué dices?

—Que no es por guardar mujer que ella es fiel, si infiel quiere ser. Yo os prometí fidelidad y cumplo. No soy como otra que, dándose aires de santita, se burla de Le Clerc.

Bill Paunchy tenía una espina clavada en el corazón. Cada vez que Le Clerc se burlaba de él, pretendiendo que era impropio de hombre dejarse dominar por mujer, el americano sentía acrecentarse la antipatía que por el seco y puritano francés sentía. Golpeó ahora ruidosamente sobre sus propias rodillas.

—¿A qué citas a Le Clerc?

—Todas las mañanas cuando los bucaneros, terminado su desayuno abandonan la taberna de Gros Jean, sólo un bucanero se queda: Thibaut. Y Gros Jean, como siempre, va a rellenar dos odres de agua del arroyo, mientras ella, la santita, conjuga amores con Thibaut.

—¡Pruebas de eso que afirmas!—exigió Bill Paunchy, excitado.

—Long Ben, tu artillero, me lo ha contado. El los vió, pero no quiso decírtelo, porque aseguró que tú irías a contárselo a François Le Clerc y que esto podría originar querella entre vosotros dos.

—¿Querella? ¡Voto a Satanás que el francés va a tragarse cuanto yo le diga! ¡Yo mismo...! —y Bill Paunchy dirigióse hacia la puerta.

—Calma, Paunchy, calma — dijo Bird—. Aguarda unos instantes. Vinimos a discutir cosa más importante que la perfidia de la francesa. Esa pérfida que ante nosotros tenemos es la que debe responder de...

—¡No te separes de ella! Vuelvo inmediatamente, pero nadie ni

nada me impedirán que yo mismo esté llamándole imbécil hasta cansarme, al bucanero que creíase muy por encima de nosotros dos. ¡No te separes de ella que sería capaz de tramar artimaña!

Y Bill Paunchy salió corriendo de la taberna: oyéronse sus carcajadas al alejarse. Joe Bird sonreía complacido; no le disgustaba tampoco que Le Clerc conociera de qué forma era burlado.

—Volvamos a lo nuestro, Tula. Durante más de un mes nos has tenido a Paunchy y a mí en jaque, esquivándote con el aquello de que delitos elegir entre él y yo. Hora es de que elijas; él y yo hemos pactado respetar tu elección.

—Siempre te creí inteligente, Joe Bird.

—Quien lo dude poca agudeza tiene.

—¿No viste entonces lo qué me ocurre? ¿No supiste comprender que no podía declarar mi amor por ti? Temo que Paunchy te mate y no respete mi incontenible atracción hacia ti. ¿Quién es el pirata más afortunado en oro y varonil hermosura en todo el Caribe? Tu, Joe Bird.

El inglés atusóse los mostachos con gesto arrogante. Lo que oía no hacía más que confirmarle en una sospecha que tuvo desde un principio al atribuir la vacilación de la cubana a su “superioridad” en todos los conceptos sobre el americano.

—Cautela, mujer, cautela. Siempre he temido que Paunchy no acogiera de buen grado tu natural enamoramiento de mí.

—¿Te molesta el Pirata Negro? ¿Te ha ofendido el que yo me viera obligada o soportar sus insolencias y sus caricias? Podemos librarnos de dos males y quedar el uno para el otro, matando dos pájaros de un mismo pistoletazo.

—Ha sido ésta siempre mi caza favorita. No, no te sientes en mis rodillas, Tula. Bien está que no puedas contener tu amor, pero puede de un momento a otro regresar el compadre Paunchy y...

—Entonces, atiende a la emboscada que he imaginado. ¿Si Bill Paunchy mata al Pirata Negro antes de que la última lancha de Le Clerc haya suministrado el velero del español, qué ocurrirá?

—No ocurrirá, porque Le Clerc, y sus bucaneros matarían a Paunchy.

—Eso es. Dos pájaros de un mismo pistoletazo. Atraigo aquí al Pirata Negro para que Paunchy lo mate y... tú y yo seremos felices y libres de querernos sin sombra alguna.

Joe Bird sonrió malignamente acariciándose la ganchuda nariz y exhibiendo sus dientes ralos y amarillentos.

—Pero el compadre Paunchy se guardará bien de quebrantar la promesa de vida salva del bucanero—objeto con disgusto.

—Mi vino y mis palabras pueden mucho en hombre tan torpe como el americano. La gran capacidad de inteligencia que tú posees es la misma cantidad de imbecilidad que Paunchy atesora.

Joe Bird rió con cavernosa risa satisfecha y así lo encontró Bill Paunchy al entrar aceleradamente en la taberna. Miró sonriente a su inseparable.

—¿De qué ríes, Bird, si aun no te he contado la cara que ha puesto el francés cuando le he contado con Long Ben por testigo lo que su pequeña reina hace para adornarle la frente?

Joe Bird rió aún con más alegría, y Bill Paunchy, contagiado, estalló en sonoras carcajadas. El inglés aferrándose las manos a sus propios costados, reía tan a placer que gruesos lagrimones caían de sus ojillos porcinos. Tula lo contemplaba sonriente.

—¿Y... qué ha hecho el imbécil de Le Clerc?—preguntó Joe Bird entre dos carcajadas,

—Dice... dice que ahora no tiene tiempo... de ocuparse de esto, porque ha de seguir con la carga del velero español. —y Bill Paunchy propinándose grandes palmadas en los muslos se sentó—. Que el comercio es antes que todo... y que al crepúsculo ya arreglará ese asunto...



—Dice... que ahora no tiene tiempo...

Enserecióse súbitamente el americano, mirando a Tula.

—Sírveme vino, tabernera. La carrera ha resecado mis fauces. ¿Qué hacemos con ella, Bird?

—Más tarde decidiremos. Ahora comamos y bebamos, Paunchy... pero sin separarnos ni un sólo instante de su lado. Quizás mi cerebro sin igual atine con medio de resolver a gusto de todos

esa cuestión,

Eran las cuatro de la tarde cuando Bill Paunchy congestionado el rostro, aceptaba modestamente la afirmación de Joe Bird de que "nadie, ni siquiera el propio Le Clerc podía impedir a Bill Paunchy que hiciera lo que te propusiera”.

Y fué a las cuatro y media cuando Tula señaló la calleja a los dos piratas. Por la arenosa calzada deambulaba un pirata de rostro gordinflón e inocente.

—Ese es hombre del Pirata Negro. Podría él llamarlo, Bird. ¿Qué opinas si le hago entrar?

Bill Paunchy balbuceó algo sobre “tener cautela, compadre Bird”, y el inglés aclaró que para cautela nadie ganaba a los uncidos en Liverpool. Tula agitó la mano en dirección al umbral y Juanón, vacilante, entró andando lentamente, sin gran entusiasmo.

—¿Eres de la flota del Pirata Negro?—preguntó Tula.

—“Soilo”.

—Nosotros nos vamos, Tula — dijo el inglés haciendo ademán de levantarse, y guiñando un ojo con intención de parecer astuto.

—Una copa más y os vais—sonrió ella—. Dile a tu amo que venga tan pronto pueda. Que yo, Tula, quiero hablarle y le espero. Añade que es cuestión de vida o muerte. Corre.

Juanón no se lo hizo repetir y sus cortas piernas repiquetearon de tacones contra sus posaderas, al alejarse por el camino arenoso hacia la playa.

Bill Paunchy asió con rudeza el hombro del inglés.

—¿Por qué dijiste que nos íbamos? ¿Por qué ella habla de vida o muerte? ¿Por qué ha enviado mensaje al Pirata Negro? Huélome infernal emboscada en todo eso.

—¡Bobo!—dijo Joe Bird, sacudiéndose el hombro de la mano que le aferraba— Dije que nos íbamos para que no recele el español. Ella ha enviado mensaje al Pirata Negro ante nosotros dos, y éste vendrá. Y la única emboscada es la que le costará la vida al demonio ese de español y... —se detuvo Bird.

—Ya comprendo. ¿Qué ibas a decir más que te interrumpiste?

—Nada. Que después... ella elegirá entre los dos—y burlón guiñó un ojo el inglés.

Bill Paunchy empezó a reír a carcajadas, imitado por Joe Bird que cogiéndose los costados, enjugábase de vez en cuando los

lagrimones que de sus ojillos fluían.

* * *

Juanón subió a bordo del "Aquilón” y dirigióse al entrepuente, donde el Pirata Negro estaba observando la maniobra de carga del penúltimo lanchón bucanero.

—Tengo urgente mensaje para ti, señor—dijo Juanón, con ademan de conspirador.

—¿Tendiendo has estado las orejotas? Te las van a cortar, seboso, y luego chillarás pidiendo otras ¿Que fué lo que espiaste?

—No fué tal, señor. Fué mujer hermosa que me mandó llamar, Dijome llamarse Tula y que te aguardaba porque era cuestión de vida o muerte. Dos piratas allí había que iban a tomarse la última copa y marcharse.

—¿Te dijo para qué me necesitaba?

—Sólo me dijo que fueras tan pronto pudieses, señor.

—Incorrecto es a damas hacer esperar. Vete do quieras, Juanón y vigila tus pasos; tu afición a la escucha de lo que no te importa puede acarrearle males de los que consuelo no me pidas porque te azotaría. ¡Diego Lucientes!—llamó el Pirata Negro.

El madrileño acercóse, ladeado el tricornio y apoyada con bizarría la diestra en su larga espada.

—Antes de hora escasa vendrá la última lancha del mercader Le Clerc. Tengo la vaga sospecha de que para entonces empezará la danza y quiero que ya a bordo estén los tres nobles. Vete a por ellos y reclúyelos en la camareta capitana. Lleva lancha con lonas y suplica a las damas que se tiendan a fondo cubiertas por las lonas. Y al excelentísimo marqués no le pidas permiso para enfardarlo. Espero que la hija cumplió su promesa y hallarás al padre continuando siendo el embutido prudente en que le dejé convertido. Explica que las lonas son para que de tierra sólo vean un perillán que eres tú remando en bote sin más carga que unas lonas revueltas.

Instantes después el Pirata Negro ordenaba a "Cien Chirlos” que distribuyese a los hombres de confianza en sus lugares de combato. El negro Tichli al timón, “Piernas Largas” con el látigo de contramaestre señalando a los tripulantes sus puestos, y el propio “Cien Chirlos” en la torreta de proa.

—Nada ocurrirá hasta que no descargue la última lancha, con la

cual regresaré. Pero ya conviene que mi “Aquilón” esté a la guarda. Voy a tierra unos instantes, “Cien Chirlos”. Mientras que los artilleros ceben las piezas sin exteriorizaciones. Preparado todo como si a combatir fuéramos pero sin que muestras de ello demos.

Y el Pirata Negro pidió remero para la lancha que a tierra debía acompañarle. Hubo un forcejeo entre varios para ocupar tal misión y poco después en la playa, el Pirata Negro dirigíase hacia la taberna de Tula “La Cubana”.

Bill Paunchy aguardaba con morbosa ansia el momento en que en el cuartucho de la taberna, cuartucho sumido en completas tinieblas con todas sus ventanas cerradas, entrase el hombre que por haber besado a Tula ante todos los piratas de su propia tripulación había amenguado la poderosa e indiscutible autoridad de dos de los jefes gobernadores de la “Fraternidad”.

Empuñando con la diestra el largo puñal de ancha hoja afilada, Bill Paunchy pegábase contra el tabique junto al que la puerta cerrada era el único acceso. Aguardó pacientemente ron ávida delectación de asesino. No pasó ni por un instante por su mente la idea de retar frente a frente al Pirata Negro. Recordaba a Rodney, la mejor espada de “La Fraternidad", semillero de espadachines...

Apretó con más fuerza el mango del puñal, ni oír rechinar suavemente la puerta. Sus ojos acostumbrados a la obscuridad vieron cruzar el umbral abierto a Tula que, mirando hacia atrás hacia un ademán invitador.

—Entra, amor mío. Aquí solos estaremos.

Una sombra alta y enjuta, embozado el rostro, entró en el cuartucho, avanzando un paso, y dando la espalda a Bill Paunchy. La expresión “coser a puñaladas” tuvo en Bill Paunchy el más eficaz de los símbolos humanos. Fueron tan rápidas y certeras sus dos puñaladas primeras, que el intruso cayó al suelo como abatido por rudo y repentino vendaval. Aunque sabía Bill Paunchy que aquellas dos puñaladas eran suficientes por mortales, ya que entrando entre las dos paletillas habían perforado el corazón y era ataque que por muy experimentado nunca le fallaba, repitió sobre el caído por dos veces más la feroz agresión, esta vez apuñalándolo en el cuello y en el vientre con salvaje frenesí hercúleo, que tiñó prontamente de sangre la capa del muerto.

Tula deslizóse hacia la puerta y llegada a la vasta sala empezó a

correr. Pero gritó despavorida cuando sintió su brazo aprisionado por la mano de Bill Paunchy que de dos saltos la había alcanzado.

—¡Tras él tú, pécora!—bramó Paunchy levantando su puñal goteante.

Consiguió ella librarse con sobrehumano esfuerzo y reemprendió nueva carrera. Resoplando ebrio de sangre y brillantes los ojos con sadismo asesino, Bill Paunchy corrió tras ella. Y llegando al umbral se detuvo boquiabierto, lívido de pronto... Retrocedió como si viera un fantasma que apareciendo espectralmente se burlara de él...

Porque Interponiéndose entre Tula y él, acababa de aparecer el Pirata Negro con la espada desenvainada y riendo con la poco amable risa que le caracterizaba cuando se disponía a luchar.

—Hombre que a mujer persigue con puñal enrojecido, poco galante es, Bill Paunchy. Desenvaina, que quiero quitarte para siempre los impulsos de repetir tal bravura.

Pero Bill Paunchy seguía retrocediendo como quien está bajo el influjo de paralizante pesadilla.

—Te... le acabo de matar—murmuró roncamente. Tú... tu cadáver está allí—y señalaba el cuartucho en tinieblas cuya puerta se abría a sus espaldas.

—Presumido eres, asesino —dijo el Pirata Negro avanzando con la espada desnuda—. ¿Tanta sed de sangre tienes que me matas de mentirijillas? Desenvaina y procura hacerlo de veras.

—¡Fué a Bird al que mataste!— gritó Tula, enardecida.

La declaración de Tula pareció desvanecer el pánico de Bill Paunchy. Comprendió instantáneamente que habían sido burlados él y Joe Bird, y que no era tal como su supersticioso ánimo temió, cadáver el que cuentas venía a pedirle, sino hombre de carne y hueso. Desenvainó y como un torbellino lanzóse contra el Pirata Negro, esgrimiendo en su zurda el puñal tinto en sangre con el qu3 amagó larga flota ni flanco.

Con amplio molinete el Pirata Negro separó las dos aceradas puntas de su enemigo, y con veloces mandobles fué obligando a retroceder al pirata americano cuyos pasos hacia atrás le fueron llevando hasta el umbral de la habitación donde había apuñalado a Joe Bird creyéndole el Pirata Negro.

La recta estocada de Carlos Lezama atravesó el cuello de Bill Paunchy de parte a parte, y, en macabra ironía final, quiso el

destino que los dos cadáveres de los dos “inseparables” quedaran juntos en último contacto mortal.

Bill Paunchy quedó tendido boca abajo sobre el embozado cadáver de Joe Bird, que brazos en cruz, miraba con ojos vidriosos y sin vida el techo de la reducida habitación que quedó repentinamente iluminada al abrir Tula la ventana que permitió al sol declinante entrar y posar su reflejo sobre los dos cadáveres.

—Me dijo Juanón que me mandaste llamar, Tula—comentó el Pirata Negro envainando—. No vine a matar, y dos cadáveres hay. La danza ha empezado antes de lo que creí. Cuéntame, ¿qué ha ocurrido?

—Ellos dos vinieron a terminar conmigo y lo misino querían hacer contigo. Conseguí adormecer el recelo del presuntuoso inglés haciéndole creer que le quería y le pareció de perlas mandar a la muerte a su amigo, forzándole con vino y halagos a que te esperase en esta habitación para matarte. Mientras Joe Bird se cercioraba en la playa de que tú venias, cambié de habitación a Bill Paunchy diciéndole que en mi alcoba tú entrarías más confiado, y al regresar Joe Bird le aseguré que en evitación de que tú le vieras, viniera conmigo al desván donde sin él saberlo aguardaba

Bill Paunchy. Y... cuando huía llegaste a tiempo.

—A mucho te expusiste, mujer. ¿Por qué hiciste todo eso?

—¿No lo sabes adivinar?—dijo ella con labios temblorosos—. Te quiero y lo supe apenas te vi.

El Pirata Negro llevóse la diestra de Tula a los labios. Mientras besaba el dorso cálido de la mano femenina, musitó:

—Amor no puedo ofrecerte, Tula. Quedé sin alma para amar desde que murió la mujer que elegí. Pero salvación puedo darte. A otras tierras más propias de mujer te llevaré y suficientes riquezas poseo para impedir que vuelvas nunca a ser juguete de pasiones torpes.

—¡No quiero ni tus riquezas ni tu compasión!—exclamo ella salvajemente, retirando su mano—. ¡Vete! ¿Por qué me mentiste amor? Tus ojos me acariciaban y...

Cubrióse ella el rostro con las manos, y en silencio sollozó.

—No supe, Tula, que en taberna hallaría mujer sincera. Perdóname si mentí pasión como uno más de los piratas que te rondaban. Ven conmigo y abandona esa ciudadela de vicio, donde

sólo pena hallarás.

—Vete — dijo ella cansinamente—. Quizá venga contigo… más tarde. Ahora quiero pensar… No insistas. Creo vendré, pero ahora no.

—Decide pronto porque a mí bordo vuelvo. Tengo que estar presente a la llegada de la última lancha bucanera, para entregar a Le Clerc el segundo pago. Decídete pronto porque si de buen grado no vienes, volveré a por ti. No quiero que aquí te quedes.

Besando rápidamente la mano que pendía desmedejada al costado de la cubana, abandonó el Pirata Negro la habitación donde sólo quedaron los dos cadáveres de los inseparables, y una mujer desilusionada.

Capítulo VIII Tristán Martos, el Antillano

Fué poco a poco apaciguándose el martilleo que la sangre batía en las sienes de Tula. Cinco minutos pasaron y al final ella se inclinó sobre los dos cadáveres. Quitó de su vaina el puñal que en el cinto llevaba Joe Bird y colocó su empuñadura en la mano del inglés, tras haber frotado repetidamente la hoja desnuda contra el puñal enrojecido y chorreante de Bill Paunchy.

Dirigióse a un armario de la misma habitación y empezó a vaciar sus cajones cuyo contenido volcaba en amplio lienzo. Arrodillada iba a anudar los cuatro extremos del lienzo formando un hatillo cuando de pronto se puso en pie, dominando su angustia. No se volvió pero estaba consciente de una respiración poderosa que provenía del umbral de la habitación. Fingió pensar un instante y deshaciendo el bulto volvió a colocar en los cajones cuanto de ellos había estado sacando.

—¿Quién los ha matado?—preguntó Tristán Martos desde el umbral.

Ella volvióse súbitamente como si por vez primera se diera cuenta de la presencia del antillano. Se cubrió el rostro con las manos.

—¡Fué horrible, Tristán! gimió con expresión de pavor—. Se pelearon y no pude impedir que se mataran a puñaladas... ante mis ojos.

—Ya. ¿Por qué vaciabas tu armario?

—Venía a pedirte protección. François Le Clerc cuando sepa que aquí se han dado mutua muerte los dos sajones, puede tomar represalias contra mí. Pensé que tú eres el único que puede

protegerme.

—¿Por qué he de tomar tu defensa?

—Porque como yo eres antillano. Y seré tu esclava; vives muy solo y una mujer es siempre precisa...

—Sígueme—dijo secamente el jorobado.

Crujió la arena bajo los pasos del hércules jorobado mientras tras él Tula andaba pensativa. Temía más que a nadie en el mundo al antillano; nunca había sentido el estremecimiento de físico terror que la sola presencia de Tristán Martos le producía, pero comprendía que su única salvación era intentar engañar a aquel engendro humano cuya implacable ferocidad quizás tenía sólo un punto débil: la atracción femenina a la cual ella había podido comprobar siempre que muy escusas hombres podían resistir.

Al pie de la escalera vertical que conducía a su gruta, Tristán Martos se detuvo Indicándole las dos rampas de hierro.

—Sube.

Empezó ella la difícil ascensión... Un hombre se acercó corriendo al antillano murmurando algo que Tula no pudo oír. Tristán Martos sin palabras señaló también al recién llegado la escalera.

Instantes después entraba Tula en la lujosa caverna iluminada por perfumadas velas repartidas difusamente en varios candelabros de maciza plata. Sentóse en un escabel, agitada la respiración. Un desconocido entró tras ella, quedándose en pie. Tristán Martos fué a sentarse en su sillón recabado de incrustaciones de oro y pedrería.

—Habla.

El desconocido avanzó dos pasos, hasta quedar frente al antillano.

—El Pirata Negro os ha engañado, Tristán. Registrasteis el barco y no encontrasteis a los presos, porque él les tenía ocultos en tierra. Le he oído dar órdenes para que fueran a buscarlos y no tardarán en estar a su bordo.

—Cuando la última lancha bucanera descargue, yo mismo dispararé la pieza que desmantele el velero—dijo concisamente el jorobado—. Y así no podrá huir. Sabía que tarde o temprano tendría pruebas de que ese maldito bandido que se las da de caballeroso, sería ahorcado en “La Fraternidad”. Vuelve a bordo y quédate en la cala. Serás premiado con generosidad. Vete.

Tula al quedarse a solas con el antillano aguardó a que éste le hablara. Pero Tristán Martos parecía haberse olvidado de su presencia y ella no pudo soportar el largo silencio. Intentó sonreír.

—Es bonita tu morada, Tristán. Pero hombre de tu alcurnia y poder no debe guisarse. Yo puedo...

—Callarte. Eso es lo que puedes hacer. ¡Cállate! — repitió imperativamente el jorobado mientras silenciosamente se levantaba, acercándose al umbral de la caverna.

Monstruosamente recortado por las llamas de las velas, Tristán Martos tendía el oído hacia algo que Tula no podía percibir.

El jorobado balanceaba en su diestra una larga cuerda rematada en garfio triple de hierro que constituía en anzuelo irrompible con que a veces los antillanos amantes de comer aletas de tiburones apresaban al voraz pez carnívoro.

Distendió Tristán Martos su largo brazo y como laceador campero proyectó hacia abajo la cuerda-anzuelo. Oyóse un agudo chillido mientras Tristán Martos, con fuertes tracciones tiraba de la tensa cuerda. Fué retrocediendo el jorobado y la cuerda fué arrastrando un peso hasta que en el borde inferior de la entrada, un cuerpo humano debatióse inútilmente en agónicos intentos de liberarse de los tres garfios de hierro que sangrantes le hincaban la carne entre las espaldas.

Y Juanón quedó en el suelo inmóvil, espumeante la boca por la que huía su aliento vital, destrozados los pulmones por el triple anzuelo.

—Espía del Pirata Negro—dijo el antillano, mientras que avanzando un paso hundía su espada en la garganta do Juanón—. No le contarás a nadie lo que pudiste oír.

Volviendo con indiferencia la espalda al cadáver de Juanón, Tristán Martos dirigióse al fondo de la honda caverna regresando con un largo bambú de recios nudos.

Tula “La Cubana” cerró los ojos. Había contemplado miles de reyertas sangrientas, había visto a muchos hombres luchar a muerte, ella misma había dado muerte a varios hombres, pero nunca había presenciado nada que igualase en crueldad a lo que Tristán Martos estaba haciendo con el cadáver de Juanón.

El jorobado empalaba al muerto...

Ella movióse con inquietud, levantándose con precaución. De

repente había acudido a su pensamiento que no podía esperar ni protección ni deseo humano en aquella fiera sanguinaria que ahora estaba alzando al empalado Juanón, poniendo en pie la macabra figura del atormentado en muerte.

Deslizóse hacia la salida de la gruta; alcanzaba ya el borde cuando chilló despavorida. Las dos manos peludas y de recios tendones del jorobado, a espaldas de ella, la asían poderosamente por la garganta.

—Si a todos los fascinabas con tus artes de hembra, más tonta que todos ellos fuiste al pensar que yo sería uno más—dijo Tristán Martos, mientras presionando el enlace de sus manos estrangulaba a la cubana. — ¿Crees que no vi salir de tu bebedero al Pirata Negro? ¿Le querías porque era arrogante y recto como un mástil? ¿Te preparabas a huir con él cuando te sorprendí? ¡Vete a reunirte con él!

Tristán Martos levantó sobre su cabeza a la estrangulada y con rapidez arrojó el cadáver femenino al vacío.

Tras él, en pie y adosado contrala pared tapizada lujosamente, Juanón, sostenido por el junco que atravesaba su cuerpo, doblaba la cabeza sobre el pecho, y de su rubicundo rostro había huido todo vestigio de color. Sólo la lividez de la muerte anidaba en su semblante.

Capítulo IX La huida del "Aquilón"

Diego Lucientes, acodado al pasamanos del velero anclado, contemplaba cómo iban acercándose las dos lanchas que conducían respectivamente a François Le Clerc y al Pirata Negro en una, y a portadores bucaneros con las últimas provisiones concertadas en la otra.

Subieron al entrepuente ambos jefes piratas... Limitóse Diego Lucientes a asentir en silencio cuando la mirada del Pirata Negro se posó en él; quería con ello significar que estaba cumplida su misión y que ya en la camareta de la Rala capitana estaban Genaro de Aguilar con su esposa e hija. Y así, al no hablar, no tuvo que explicar que había manifestado a Sonsoles de Aguilar que aún era temprano para liberar de sus ligaduras y mordaza al marqués, hasta que no lo ordenase el propio Pirata Negro.

François Le Clerc fué contando los barriles y pellejos de tasajo que fueron siendo trasladados o la cala del “Aquilón". Cuando ya en la lancha bucanera entraba sus hombres, volvióse liada el Pirata Negro.

—Terminó el trato, español. Págame la segunda mitad y podrás siempre decir que cumplo mi palabra.

—Y yo la mía. Toma y cuenta el contenido de ese bolsón. Hazlo porque a veces entre nosotros hay traidores embusteros y embaucadores.

—¿Acaso la mercancía no te ha sido servida tal como pediste?— Inquirió Le Clerc, mientras vaciando en el suelo el contenido de la gran bolsa de piel que acababa de entregarle el Pi— rata Negro, iba apilando monedas y barras de plata.

—Me refería al dinero que amontonas. Podría haberte dado menor cantidad de la fijada.

—Para eso cuento siempre. La amistad a un lado — dijo hipócritamente el francés — y los negocios a otro.

Siguió contando, mientras “Cien Chirlos” acerrándose al Pirata Negro estuvo hablándole largamente en voz baja. En el bronceado rostro de Carlos Lezama dibujóse una sonrisa...

Las primeras penumbras del crepúsculo iban obscureciendo el horizonte. François Le Clerc volvió a colocar en la bolsa las monedas contadas y las barras de plata, sopesadas expertamente.

—De acuerdo, español. Hazme ahora el honor de acompañarme en mi lancha a tierra donde tomaremos el champaña de amigos para sellar nuestra confraternidad de “Hermanos de la Costa”.

Inesperadamente desenvainó el Pirata Negro aplicando la punta de su espada en el pecho del francés, que repentinamente empalidecido, quedóse inmóvil.

—¿Traición?— preguntó con desprecio.

—No hay más traición que la que me aguardaba tras tu invitación a champaña. No te muevas. Le Clerc, si no quieres perder para siempre la posibilidad de volver a tu ciudad bienamada. ¡Largad trapos presto!—gritó el Pirata Negro—. ¡Todas las velas izadas! ¡A la maniobra todos!

Fué con toda celeridad que las órdenes se cumplieron y el propio “Cien Chirlos” manejó la rueda que levaba el ancla...

En lo alto del farallón de rocas donde se asentaba el fortín, dibujóse un violento color anaranjado... Era el primer fogonazo disparado por el cañón apuntado por Tristán Martos hacia el velero...

El proyectil vino a estallar a cinco pasos tras la popa del “Aquilón” levantando un surtidor de espuma...

—¡Orzad a babor! ¡Tensad a barlovento!—gritó el Pirata Negro mientras su espada no se apartaba del pecho de François Le Clerc.

El segundo cañonazo abrió brecha en la amura de popa haciendo saltar en astillas un ancho panel de madera. El Telero, obedeciendo los giros que al timón imprimían a la par “Cien Chirlos” y el negro Tichli, fué navegando veloz hacia el sur, surcando el agua en raudos zigzags...

El tercer cañonazo cayó un cuarto de milla tras el “Aquilón", y

cuando las hinchadas velas recogiendo en su seno el viento a su favor, impulsaron el velero a toda marcha, alejando toda posibilidad de ser alcanzado por disparo alguno del fortín, el Pirata Negro separó su espada del pecho del francés, y con la misma le señaló el

—Nadando debería hacerte volver a tu “Fraternidad”, que es nido de traidores asesinos.

—Te juro… que nada tengo que ver con este pérfido ataque—protestó sinceramente el bucanero—. Será obra del loco jorobado, que te odia.

—Ya sé, hermano, que no ibas a ser tan cándido como permitir que me cañonearan estando tú a bordo. Ahí verás sólo una muestra de la fidelidad de Tristán Martos. Quiso aprovechar la ocasión para quédame dueño y señor de “La Fraternidad”.

—Pudieron ser también Bird y Paunchy.

—No, porque a las cinco de la tarde los maté en la taberna de Tula. Y los muertos nunca disparan cañones. Mira a popa: remolcando va la lancha en que vinimos. Tuya es y nada quiero tuyo. Puedes demostrarme que como descendiente de simio sabes andar por la cuerda. No esperes que mande al pairo para permitirte cómodo descenso por más jefe que seas de “La Fraternidad”. Tu bolsa no la aprietes tanto contra tu pecho, que te vas a hacer daño con el metal. Vete… y algún día volveré a visitarte, mercanchifle.

François Le Clerc fué retrocediendo hasta la popa; pasóse los cordones de cuero de la bolsa alrededor del cuello y ayudándose con las dos manos se suspendió de la cuerda que remolcaba la lancha tras la veloz singladura del “Aquilón”.

Casi a obscuras sus pies tropezaron con la madera de la lancha que se encabritaba bamboleando a los costados en el oleaje. Apenas tocó el banquillo de proa, corto de un tajo de su puñal la cuerda que arrastraba la lancha a remolque…

Desde la cubierta estalló la carcajada con la que el Pirata Negro se burlaba de los esfuerzos del jefe bucanero para conservar el equilibrio al girar vertiginosamente la lancha repentinamente libre de su amarra. Por fin logró Le Clerc dominar la situación, y empuñando los remos bogó rumbo a la lejana ciudadela.

Por unos instantes le siguió con el largavista enfocado el Pirata Negro.

Lo alzó hacia el fortín de “La Fraternidad” y llamó su atención un resplandor en la cumbre del farallón de rocas vecino.

A la luz de cuatro antorchas empotradas en el suelo vió distintamente la gesticulante y monstruosa figura del jorobado que tendía vesánicamente los puños hacia el velero.

Rió alegremente el Pirata Negro... pero de pronto su carcajada se quebró en sonora maldición al ver por el largavista el acto a que se dedicaba Tristán Martos. Arqueado en dos cogía del suelo un largo bulto e izándolo lo empotraba en el suelo entre las cuatro antorchas, en todo lo alto de las rocas que a modo de natural azotea cubrían su gruta.

Y el largavista reveló la inconfundible figura de Juanón atravesado su cadáver por el junco empalador...

—¡Maldito seas! —rugió el Pirata Negro abatiendo el largavista y con las venas de la frente henchidas de furor— ¡Cien vidas por una! ¡Cien vidas te costará, Jorobado canalla, la muerte de Juanón!

Saltó del castillete de proa a cubierta y andando con larga zancada entró en el camarín central que servía de alojamiento a “Cien Chirlos". Atado en la litera un hombre mostraba su cuerpo surcado por innumerables jirones sangrantes. “Cien Chirlos” cuando manejaba el látigo no osaba muchas contemplaciones... El azotado era el desconocido que había informado a Tristán Martos de que los tres prisioneros nobles iban a ser conducidos a bordo del velero.

—Tú fuiste reclutado por mí, y si mi memoria es fiel te llamas Casiano Luque—murmuró con voz ronca el Pirata Negro, asiendo por el cuello al tripulante del “Aquilón”—. Te ofreciste para acompañarme a tierra y hasta peleaste con otros para ser el primero un coger los remos. ¿Viste en tierra a Juanón, el curandero?

—No le vi, *y yo* nada hice, señor, os lo juro por mi eterna salvación. Vuestro segundo me azotó y me torturó obligándome a decir cosas que verdad no eran—gritó apresuradamente Casiano Luque.

—Dirás que le acarició, comparado con lo que pienso yo torturarte por mi cuenta. ¡“Cien Chirlos"!

El segundo entró, impresa en el rostro horrendo una mueca interrogante.

—Repíteme cuanto me dijiste en voz baja mientras Le Clerc contaba el dinero.

—Verás, señor. Yo atisbé como ese tunante se desencuadernaba para ser el único en acompañarte a tierra. Eso no me escamó, pero obedeciendo lo que me recomendaste al entrar a bordo esa nueva recua, desde aquí enfoqué el anteojo y vi cómo ese tunante, tras dejarte en la playa en vez de volver al “Aquilón” cómo debía, puesto que tú debías venir en la lancha bucanera, amarraba la lancha y corriendo se iba hacia las rocas donde vive el jiboso. Primero subió una mujer, la cubana que nos sirvió agua de fuego, después este pingajo y tras ellos él jiboso. “¡Tate!”, que me dije, "este tunante va a soplarle algo al antillano de la joroba”. Y lo vi bajar la escalera tan contento y tan campante meterse en la lancha y venir al “Aquilón" como si fuera angelito del cielo caído. Aguardé, le así del pellejo, le até donde lo ves y le fui dando marcha hasta que cantó como gallo en aurora.

—¡Mien...! —empezó a gritar Casiano Luque.

—¡A callar cuando hablo con el jefe!—rugió “Cien Chirlos”—. Me soltó primero, señor, una sarta de tonterías, pero yo interrogándole hábilmente...

—Sí; huelo la habilidad con que le echaste sal y vinagre en los cortes que le hiciste con el látigo.

—...pues, eso, que cantó de plano letra por letra lo que él y el jiboso habían hablado. Y así supe que el tal proyectaba hundirnos tan pronto Le Clerc abandonara el velero.

—Bien. Sabes que a bordo no quiero torturas... Pero te excuso por esta vez ya que aun fuiste delicado con ese traidor doble.

—¡Piedad, gran señor!—aulló Casiano Luque.

—Doble traidor, porque me debía fidelidad y fué a venderme al antillano y después a ti te vendió a Tristán Martos al confesarte los propósitos cañoneadores del jorobado. Llévatelo, “Cien Chirlos”, y átale al cuello el más pesado calabrote. Tíralo por la borda.

—¡Perdóname, señor, nunca más hablaré a nadie de ti!—iba gritando Casiano Luque, mientras desatándolo con ademanes violentos, “Cien Chirlos” lo inmovilizó con una de sus manazas apresando las dos suyas.

—Llévatelo, guapetón, y asegúrate de que el calabrote sea el más pesado. Terminada esa faena de limpieza, vuelve aquí que quiero hablarte.

Tres minutos después reaparecía “Cien Chirlos” frotándose las

manos.

—Cumplida la faena de limpieza, señor. Lástima de calabrote que se llevó al cuello ese traidor.

—Han matado a Juanón, "Cien Chirlos". Le predije que algo le pasaría si persistía en escuchar y espiar por "La Fraternidad". Lo ha empalado Tristán Martos, y por esa muerte que ni a un cerdo se da, he jurado que me cobraré cien vidas. Dentro de unos instantes anclaremos en la "Caleta de los Náufragos". Quedarán sólo a bordo Tichli al timón y Diego Lucientes a la custodia de los prisioneros marqueses. Y nosotros emprenderemos la más rauda y alegre de las cabalgadas. ¿Conoces a diez leguas de la "Caleta de los Náufragos" la explanada llamada de los Bisontes?

—¿Quién conociendo el islote de las Tortugas no conoce también tal explanada? Es donde por las noches, señor, reposan esos toros americanos llamados bisontes... que tienen, por cierto, también joroba y barbaza.

—Pláceme observar que eres buen fisonomista. Iremos primero al potrero que tiene el tullido bucanero en la cercana caleta. Mercaremos cincuenta caballos y... ¿sabes cómo se inmoviliza a los bisontes mejor que con lazos ni lanzas?

—Es entretenimiento, señor, en que pasó muy buenas horas. Pegan ellos fuertes testarazos pero si se les sorprende de noche con antorchas encendidas de pronto, quedan cegados y no se mueven.

—Tú lo has dicho. Así es. Cuando la manada esté cegada organizaremos la "estampida" hacia "La Fraternidad". Pero no me basta que las pezuñas pisoteen y las testas derriben todo lo que por delante hallen. Deberé hablarte de unos antiguos que los libros llaman "romanos" y que ingeniaron treta de guerra muy habilidosa. Primero dime, ¿te crees lo suficiente buen jinete para conmigo ir a la cabeza de la "estampida"?

—Antes de entrar a tu servicio hasta mi muerte, señor, cabalgaré frente a dos "estampidas" en tierras de La Florida. ¿Qué deberé hacer para procurar ser digno de ti y de tus "romanos"?

—Destreza, reaños y rapidez las tienes, ya. Una vez los bisontes queden cegados...

Y el Pirata Negro fué explicando el conjunto de la maniobra y del ardid a su segundo que, mudo de pasmo y admiración, iba asintiendo repetidamente con la cabeza, riendo al final con risa de

gárgola satisfecha.

Poco después en la noche, el “Aquilón” anclaba en la “Caleta de los Náufragos” y todos sus tripulantes menos Tichli y Diego Lucientes, dirigíanse hacia el potrero donde entre empalizadas, centenares de caballos estaban en venta. Y la primera instrucción que “Cien Chirlos” repitió hombre por hombre fué que mantuvieran mudos los belfos de las monturas apretándoles reciamente con cuerdas los hocicos, y silenciasen los trancos rodeando con trapos las pezuñas.

CAPÍTULO X La ciudadela infernal

Era ya da noche cuando François Le Clerc en cuya busca había salido la goleta bucanera, gritó airadamente hasta que sus hombres le oyeron y arriando velas izaron la lancha a bordo.

—Inútil perseguir al velero — dijo fríamente el jefe bucanero—. Es mucho más veloz que nosotros y en esta negrura no hay quien vea siquiera la mayor de sus velas. Rumbo a tierra.

Con ademanes reposados, aunque su pálido semblante fruncido denotaba toda la fría cólera que le embargaba, François Le Clerc comprobó primero que en la alcoba de Tula había los dos cadáveres de Joe Bird y Bill Paunchy que el Pirata Negro le dijo haber matado.

Con meticuloso ademán de escribano aproximóse a una antorcha y con el pulgar pasó la uña por encima de la línea que escrita a bordo de su goleta, decía: “Comprobar verdad muerte Bird y Paunchy”. Miró la línea escrita debajo: “Visitar Gros Jean y su sobrina”.

—Sí, es cierto—meditó en voz alta. —Pero será más prudente visitar primero a Thibaut. O más disciplina habrá en el que me visite a mí.

Dos bucaneros fueron recorriendo las callejas de la ciudadela entrando en todos los caserones. Al fin dieron con el joven bucanero de largos cabellos al que advirtieron que François Le Clerc deseaba verle en la taberna de Tula para confiarle una misión urgente.

Jacques Thibaut con la insolente despreocupación de su juventud entró en la solitaria taberna de Tula. Echó una ojeada a la estantería, a las vacías mesas, y llamó a gritos:

—¡Le Clerc! ¡Le Clerc!

—Hola, Thibaut—replicó a sus espaldas el jefe bucanero con voz tranquila. En cada mano empuñaba una pistola.

Volvióse Thibaut con normal actitud; al verse encañonado intentó saltar de costado, pero las dos pistolas vomitaron su único plomo. Alcanzado en la frente y en el estómago, Thibaut desplomóse inerte. Sin mirarlo siquiera, François Le Clerc procedió a recargar sus dos pistolas, apilando con meticulosa atención la pólvora en los cubiletes y empujando con el pulgar el grueso plomo mortífero.

La entrada de François Le Clerc en la taberna de Gros Jean fué solamente saludada por un brusco silencio que enmudeció a todos los bucaneros presentes. La mirada del jefe francés fué recorriendo toda la sala.

—Quiero sólo que me escuchen oídos bucaneros, hombres del “Boucan”. Si alguno hay entre vosotros que no es de nuestra tribu, dadle muerte.

Sonaron sólo dos pistoletazos y dos bucaneros poniéndose en pie señalaron a sus costados los cuerpos do los dos piratas recién asesinados.

—Escuchadme todos, hombres del "Boucan”. Me han querido traicionar, olvidando que esta ciudadela nos pertenece y yo soy y quiero ser de nuevo su único jefe. He dado ya muerte a Joe Bird y Bill Paunchy. Iré ahora a hacer lo mismo con Tristán Martos. Todos vosotros id de caserón en caserón y que sólo queden en "La Fraternidad” hombres del “Boucan”.

Uno a uno fueron saliendo los bucaneros con su clásico andar de cazadores selváticos. François Le Clerc dirigióse al mostrador tras el que Gros Jean entrecerró los ojos semiciegos para mejor verle.

—Hora era, François, que te decidieras a comprender que aquí es ciudad de bucaneros y no de piratas y ladrones.

—Hora es, también, Gros Jean, que purgues tu imprudencia al haber traído a esa isla a tu sobrina.

El ruido del pistoletazo que abatió sobre el mostrador al viejo Gros Jean, atrajo a “Reinita” que acudió corriendo. Extrañada, pero no conmovida por la muerte de Gros Jean, preguntó con su sonrisa meliflua:

—¿Quién ha sido, François?

—La de la derecha, bribonzuela.

Y levantando sus dos manos, mostró Le Clerc la pistola que en la diestra humeaba aún. Apuntó lentamente con la pistola que en la mano izquierda llevaba... En la lejanía oyéronse pistoletazos, ruido de sables entrechocando y gritos de combatientes enardecidos.

—Empieza la limpieza de "La Fraternidad"—dijo Le Clerc con rígido semblante presionando el gatillo.

La angelical expresión de "Reinita" sufrió una total transformación cuando el plomo horadando su corpiño dibujó en su pecho una rosa sangrienta. De sus labios infantiles brotó una maldición mientras sus ojos se vidriaban y lentamente se desplomaba.

Iba generalizándose en las callejas el combate y los característicos gritos salvajes de los bucaneros imperaban, manifestándose su superioridad en la lucha contra los hombres de Bird y Paunchy, que sin jefes peleaban desordenadamente.

Los antillanos, parapetados en los almacenes de la playa resistían el ataque, mientras cargadas de nuevo sus pistolas, François Le Clerc salió al exterior levantando la vista hacia el farallón de rocas donde residía Tristán Martos.

✲ ✲ ✲

El extenso semicírculo de jinetes montando caballos silenciados y amortiguadas sus pisadas por los trapos, fué cerrándose. Cada jinete llevaba brazadas de ramones secos junto a uno de los cuales mantenían yesca y pedernal.

En la vasta explanada dormitaban dos centenares de bisontes formando apretada manada. Uno de ellos alzó la potente testuz y bramó inquieto. Otro replicó con hondo mugido de intranquilidad... Algunos doblaron las rodillas delanteras incorporándose. De pronto, respondiendo al mandato do un seco silbido estridente, estallaron una serie de chispazos coreados por gritos ensordecedores y los ramones prendiendo velozmente inundaron de repentina luz vivísima la pradera...

Una cacofonía de mugidos y coces sonoras sustituyó al anterior aquietamiento de los toros salvajes. Las antorchas improvisadas al sorprenderles de súbito les inmovilizaron semi arrodillados. Giraban la testuz para huir las sensibles papilas al cegador color de las llamas.

El Pirata Negro quitó rápidamente los trapos que envolvían los cascos de su caballo. Hizo lo mismo “Cien Chirlos” sin dejar de agitar su antorcha frente al hocico del bisonte que a un paso de su montura tenía.

—¡A caballo! ¡Cada uno en su lugar designado!—gritó el Pirata Negro—. ¡Tirad las antorchas a retaguardia!

Una sucesión de arcos luminosos perforó la noche y las llamaradas crepitaron a espaldas del rebaño piafante que mugiendo con frenesí dió media vuelta emprendiendo veloz carrera tras el ruido de pezuñas que ante ellos oían.

Y los dos caballos montados por el

Pirata Negro y “Cien chirlos" galopaban desenfrenadamente en cabeza de la “estampida” de pánico provocado en los bisontes, mientras los restantes jinetes en semicírculo cubrían los flancos y retaguardia de la enloquecida manada, aumentando el pánico con sus feroces gritos.

La ululante cabalgata dirigiéndose hacia el valle playero donde estaba instalada la ciudadela pirata, levantaba nubes de polvo y arena que aureolaban en la obscuridad aquella masa confusa de Jinetes gritando y los bramidos de los apiñados bisontes corriendo tras los dos jinetes que en cabeza parecían a cada instante ser alcanzados por los enloquecidos toros salvajes...

* * *

François Le Clerc comprendió que la ascensión por la vertical escalera de hierro significaría una muerte irremisible. Miró hacia el farallón que se elevaba frente al montículo de rocas donde abríase la gruta de Tristán Martos.

Y lanzando los gritos peculiares de llamada a los hombres del “Boucan” corrió hacia la base del farallón donde hallábase la fortaleza. Porque fértil en malévolas intenciones comprendió de pronto por qué ante la gruta del jorobado bailaban sombras estrechas como proyectadas por serpientes dando vueltas sobre sí mismo.

Tristán Martos giraba sobre su cabeza desde el interior la cuerda de triple anzuelo con la que había apresado al infortunado Juanón. Y no siendo él visible estaba a salvo de cualquier pistoletazo, mientras silbando agudamente la cuerda se distendió hasta engarfiarse su triple diente de hierro en un peñasco de la cúspide

del farallón fronterizo.

El atlético cuerpo deforme del antillano cruzó los aires saliendo como saeta del interior de la gruta. Sus pies chocaron de planta contra el liso muro vertical del fortín y ayudándose con la cuerda trepó ágilmente...

Los dos pistoletazos de François Le Clerc levantaron esquirlas de roca a los pies del antillano. Poco después la monstruosa silueta del jorobado perfilábase en lo alto del fortín. En el interior de la fortaleza un grupo de antillanos empezaba a sucumbir ante el ataque de los bucaneros. La llegada de Tristán Martos y su método de combate enardeció a los que estaban cerca de la derrota...

El jorobado asió con sus poderosos brazos al enemigo más cercano y levantándolo encima de su cabeza, lo lanzó contra un grupo que acudía a interceptarle el camino. Eran tan rápidos los movimientos del hércules jiboso que los balazos a él destinados perdíanse en el cuerpo de los que empleaba como humanos proyectiles. La suerte del combate varió, y sucesivamente fueron pereciendo los bucaneros bajo las armas de los antillanos y proyectados por lo alto de los muros al vacío los que cegado por ancestral cólera de hombre prehistórico lanzaba el jorobado, que al final sudoroso y jadeando bestialmente gritó:

—¡A los cañones! ¡Tiro rasante en las laderas! ¡Andanada a la goleta del bucanero!

Por las laderas ascendían corriendo los bucaneros reunidos por Le Clerc que había previsto las intenciones de Tristán Martos. La primera ráfaga de metralla abrió ancha brecha en los asaltantes, y la estrepitosa andanada contra el mar desmanteló la goleta bucanera. En las callejas de la ciudadela el combate continuaba...

De pronto, un sordo retumbar lejano, como de truenos repiqueteando en los valles del interior, fué creciendo, y como si se desatara repentina tormenta, precedida por un vendaval huracanado, una nube de polvo iba a ras de suelo, descendiendo cuesta abajo por la ladera que del interior conducía a las primeras callejas de la ciudadela.

Intensos bramos, rechocar de pezuñas, alaridos de jinetes, relinchos de caballos fatigados y espoleados sin piedad, formaron una estremecedora sinfonía que se mezclaba a los pistoletazos y el entrechocar de aceros del combate entre bucaneros y piratas.

En lo alto seguía el estruendo de los cañonazos, y las laderas del fortín iban cubriéndose de cadáveres despedazados por los tiros rasantes de los cañones manejados por los antillanos.

El obscuro vendaval incomprensible iluminóse de pronto como por arte de magia. Todos a una los jinetes encendían sus brazadas de ramones, y al desembocar a los caserones de la ciudadela, construida toda de leños aserrados y asamblados, los ramones, prendidos en improvisadas antorchas, fueron surcando los aires, cayendo sobre los techos, mientras las pesuñas de los bisontes iban derribando cuanto a su paso se oponía.

Era un cuadro dantesco inimaginable por mente humana. El incendio iba iluminando con rojizos resplandores la loca cabalgata, que semejaba creación de un genio diabólico. Los combatientes pretendían huir ante aquella avalancha de bestias y centauros aullantes, corriendo hacia la playa...

El Pirata Negro y "Cien Chirlos", conduciendo con maestría y arriesgándose continuamente a ser pisoteados por la manada que bramaba junto a las grupas de sus monturas, llevaban los apiñados bisontes hacia los que huían y, describiendo amplio círculo, repitieron por tres veces la sangrienta correría devastadora por las callejas de la ciudadela, donde ya algunos edificios se desmoronaban entre llamas.

Al fin, obedeciendo a una señal del Pirata Negro, se dispuso "Cien Chirlos" a terminar su cometido. Los flancos de los dos caballos montados por los dos hombres que iban en cabeza de la "estampida", jadeaban con roncos estertores...

El Pirata Negro dirigió su caballo hacia una palmera, y, al pasar junto a ella, saltó de la silla, abrazándose ágilmente al tronco. "Cien Chirlos" desvió la manada, conduciéndola a la playa, y por la ancha faja arenosa fué galopando la cabalgata asoladora...

Las dos goletas de Bill Paunchy y Joe Bird eran tomadas por asalto por confusas masas piratas que luchaban entre sí para llegar antes, mientras tras ellos los bucaneros disparaban sus pistolas, lanzando sus puñales y sables.

La matanza era general, adquiriendo caracteres de horrenda furia demoniaca... En lo alto del fortín los antillanos seguían disparando los cañones, pero los bucaneros, dispuestos en círculo, iban avanzando inexorablemente hacia los muros, donde algunos,

más audaces, empezaban ya a encaramarse.

En lo alto de un murallón dibujóse la atlética mole del jorobado, que, empuñando larga cadena calabrote, la hacía girar en remolinos, con los que barría el muro, derribando los rotos cuerpos de los asaltantes. François Le Clerc, tumbado en el suelo tras una roca, tomó cuidadosamente puntería, enfocando hacia la visible mole de Tristán Martos el cañón de sus dos pistolas.

El doble disparo partió, y Tristán Martos, alcanzado en pleno pecho, se tambaleó, sin soltar la cadena-calabrote con la que causaba mortíferos estragos entre los bucaneros. Vaciló y, dando un traspiés, cayó hacia atrás.

—¡Al asalto!—gritó Le Clerc, parapetado tras su roca—. ¡Lo he matado! ¡Nuestros son, hombres del "Boucan"! ¡"La Fraternidad" nos pertenece!

La ciudadela era ya una gigantesca hoguera, cuando los cañones del fortín variaron su tiro. Las andanadas estallaron, levantando penachos de espuma ante las dos goletas, que huían llevando a sus bordas la inmensa mayoría de los supervivientes de "La Fraternidad".

En el interior del fortín los veinte bucaneros supervivientes emplazaban las piezas contra las goletas indemnes. La goleta de Le Clerc había quedado hundida... Pronto los nuevos artilleros vengaron la suerte de su barco, y, alcanzada repetidamente por intenso cañoneo, la goleta de Bill Paunchy escoró a banda, levantándose de popa para hundirse verticalmente. Poco después la goleta Inglesa que había pertenecido a Joe Bird estalló en los aires, incendiada por certero proyectil su Santa Bárbara.

Los veinte bucaneros prorrumpieron en frenéticas exclamaciones de triunfo. François Le Clerc seguía tras su roca esperando los acontecimientos. Maldecía con fría cólera al contemplar el incendio que asolaba sus almacenes y, con ellos, toda su riqueza acumulada pacientemente.

De pronto, se sobresaltó al oír, procedente del interior del fortín, una serie de alaridos de pavor. Una brutal explosión sacudió el suelo como si se abriera por súbito terremoto. Proyectado hacia atrás, Le Clerc arreció en sus maldiciones...

Comprendía el porqué sus veinte bucaneros supervivientes habían quedado acallados para siempre. En lo alto del murallón

dibujóse la tambaleante figura de Tristán Martos, entre cuyos brazos relucía la metálica armazón de una culebrina, con la que a mansalva había disparado contra el polvorín de la fortaleza. El muro se resquebrajó, y el jorobado, envuelto en nubes de humo y llamas, pareció hundirse en un infierno repentino...

Negro de tizne y sangrando copiosamente por los balazos con que Le Clerc le había herido, el antillano avanzó inexorable hacia donde el jefe bucanero pretendía huir del estruendoso derrumbarse de la fortaleza.

François Le Clerc quedó enmudecido de pavor cuando sobre sus espaldas sintió el irresistible peso del jorobado, que, hincando sus dos manos en la garganta del francés, le hizo rodar por los suelos.

Confundidos en mortal abrazo, los dos últimos supervivientes de “La Fraternidad” fueron deslizándose por la abrupta pendiente que conducía al abismo. El grito de Le Clerc quedó abogado por las recias garras del jorobado, cuando los dos juntos, estrechamente abrazados, se despeñaron, cayendo al hondo abismo entre los dos farallones...

El incendio amenguaba en tierra, y en el mar sólo flotaban los maderos e hierros retorcidos que señalaban el lugar en que antes había tres goletas de arrogante línea combativa...

A lo lejos, en la linde del mar cerca do la Caleta de los Náufragos, "Cien Chirlos”, asiéndose a una rama, desmontó, mientras su caballo pisoteado quedaba bajo las pesuñas de la manada de bisontes, que siguieron su loca carrera de “estampida” hacia el interior...

Colgado en el aire, “Cien Chirlos” aguardó a que terminase el desfile de bramidos, y cuando sólo quedaron los jinetes, bajo muchas de cuyas piernas cayeron reventados caballos, el segundo del Pirata Negro señaló al anclado “Aquilón”.

—¡Todos a bordo!... —rugió—. ¡Voy en busca del jefe!

Cabalgó nuevo caballo, llevando de la rienda a otro. Cuando a pie, muertos en la ruta los dos caballos, llegó a “La Fraternidad”, no tuvo que buscar largo tiempo en la ciudadela, reducida a cenizas.

En lo alto del farallón donde moraba Tristán Martos, junto a un cadáver en pie y empalado, el Pirata Negro, brazos cruzados, contemplaba lo que había sido antes antro de crímenes y codicia sangrienta.

Y cuando, tras penosa ascensión, pudo llegar junto a él, “Cien Chirlos” le oyó murmurar:

—¡Cumplióse la maldición bíblica contra Sodoma y Gomorra! Y tú, Juanón, cuando tus huesos brillen pulimentados por el sol, indicarás a los navegantes que se aparten de esos parajes malditos.

Colocó el Pirata Negro una mano en el hombro de su lugarteniente.

—Con creces nos cobramos la muerte y tortura de Juanón. Y las olas del Caribe pregonarán que si pródigo soy en las recompensas, más lo soy en los castigos.

Dejaban ya a sus espaldas los restos de la ciudad, cuando el Pirata Negro estalló en burlona carcajada.

—¡Llamáronla “La Fraternidad” donde sólo fraternizaban en el asesinato! Y ya cumplióse su destino, convirtiéndose en muerta eluda lela infernal…

EPILOGO

Diego Lucientes oyó las narraciones de los jinetes que, si bien algo deformadas y aumentadas, plasmaron con exactitud la terrorífica verdad de la asoladora cabalgata.

Y cuando el Pirata Negro pisó la cubierta y ordenó levar anclas rumbo a una cala baja deshabitada de La Española, Diego Lucientes pidió a “Cien Chirlos" autorización para hablar con el Pirata Negro.

—¿De nuevo tú, letrado?—inquirió Carlos Lezama, cuando en su camarote entró el madrileño—. ¿Qué quieres decirme?

—Quisiera ser hombre de tu confianza, señor, y no me llevaste contigo en esta expedición de justiciero castigo contra la ciudadela.

—A bordo debías velar por tus amigos.

—¿Mis amigos? — inquirió Lucientes, con extrañeza—. ¿A quién te refieres, señor?

—Al arrogante marqués que hora es ya liberemos de sus amarras. Y a las dos bellas damas, bella cada una en su género de belleza. Sazonada fruta madura la madre, lindo brote primaveral la hija.

—Mis amigos no son, señor—dijo hoscamente el madrileño.

—Óyeme, bachiller. Mucha letra sabrás, pero letra menuda sé yo mucha más de la que los libros puedan enseñarte. A buen entendedor, medias palabras bastan, y supe comprender en tus primeras palabras cuando primera audiencia pediste que deseabas meterme donde no me importaba. Es decir, deseabas que liberase a los del Aguilar. Y... escúchame: ¿no dedicabas tu poesía a la “imposible amada” a damita que llamabas Sonsoles? Es nombre común en Ávila, así como el de Olalla, la madre. Pero en tus trovas escritas a la luz de una vela en el mar Caribe, raro es que pensases en una amada de nombre Sonsoles.

—¿Puedo hablarte con franqueza, señor?

—Ganarás mucho con ello. Aborrezco traidores y detesto a los mentirosos. ¿Quién era el marqués que en duelo mataste?

—No maté a marqués ninguno, señor. Lo... maté sólo en octavillas coléricas.

—Muerte indolora para el cuitado a quien las octavillas se refieren. ¿Paréceme ver rubor en tus mejillas, estudiante? Y, sin embargo, tu simpática cara de granuja bachiller no debe ser propensa a vergüenzas.

—Es que, señor... a nadie he matado más que en poesía. El Marques del Aguilar mandóme azotar a palos ante su hija y por sus lacayos cuando yo la envié soneto de madrigales encendidos, que ella halló bajo su servilleta.

—¿Palos te dió el marqués ante su hija? ¿Y no supiste vengarte más que con rimas detestables de poetastro cobardón?

—En Madrid, el Marqués de Aguilar era gran autoridad e hízome desterrar a raíz del apaleamiento. Sólo pude matar al lacayo que más me aporreó.

—Algo es algo. ¿Qué más?

—Hui a Cádiz y embarqué. Viví del juego y sólo en "duelo me he batido con quien matarme pretendía. No manejo mal la espada, señor.

—¿Sí? Ven conmigo, belitre. Quiero verte en acción.



* * *

En la sala camareta de capitana, donde se hallaban los tres Aguilar, entró el Pirata Negro, que, tras dedicar leve reverencia a las dos damas, señaló al marqués, que yacía en la litera atado y amordazado.

Ahí lo tienes, estudiante. Tú fuiste quien quiso que escapasen al rescate de los Hermanos de la Costa. Dispón de ellos.

Diego Lucientes desenvainó y con la hoja de su espada fué cortando las ligaduras que mantenían atado al marqués, Genaro del Aguilar púsose en pie abrazado por su esposa e hija, a las que, tras un instante, apartó con brusquedad.

—De celada caímos en otra nueva, piratas. ¿Qué piensas hacer con nosotros, tú, pirata, que me agrediste cobardemente y a traición?—gritó Genaro del Aguilar, dirigiéndose puños crispados hacia Lezama.

El Pirata Negro desenvainó, tendiendo su acero por el pomo al marqués. Sonrió burlonamente.

—Conmigo no es la querella, marqués. Perteneces a ese "hombre que aquí ves y que con espada te aguarda.

Las dos mujeres chillaron estremecidas al ver a Genaro del Aguilar cargar furibundo hacia el estudiante madrileño. Diego

Lucientes esgrimió con destreza y sangre fría, y poco después desarmaba al marqués, sobre cuyo cuello aplicó la punta de su espada.

—Quieto como un tronco, Genaro del Aguilar—rezongó entre dientes el madrileño—. Mírame bien. ¿No me reconoces?

—A los canallas de tu ralea sólo los he conocido pataleando al extremo de una cuerda—dijo con voz ronca el marqués, quedando, sin embargo, quieto bajo la amenaza.

—Yo te voy a demostrar quién de los dos es el canalla. Tú me mandaste apalear por tus siervos por el gran delito imperdonable de haberle declarado en inocente rima un amor imposible a tu hija.

—¿Tú... tú eres el insolente estudiante madrileño que...?

—El mismo, Genaro del Aguilar... Y si antes te hubiera encontrado, ten por seguro que tu esposa viuda quedaba. Pero aprendí de caballero que lecciones puede darte de nobleza. Sí tú palos me diste, yo libertad te doy, y que mi señor, el caballero Carlos Lezama, disponga lo que de ti ha de hacerse.

El Pirata Negro recogió su espada y con ella descendió el acero que el estudiante mantenía contra la garganta del marqués.

—Tienes otro punto más de semejanza conmigo, Diego Lucientes. En premio a tu conducta de empecatado romántico imbécil, que es lo que yo también soy, desembarcaremos a los señores marqueses en tierra deshabitada de La Española. Y andando sólo unas leguas hallarás ciudad civilizada.

—¡No creas que por eso tu perdón pediré, villano!—gritó el marqués.

Cimbreó en el aire la espada de Carlos Lezama.

—Muérdete la lengua cuando ante mí estés, Genaro del Aguilar. Ganas no me vengan de coger palo recio y tundirte las costillas, colocándote en ellas nuevos blusones. No abuses de que el estudiante y yo seamos dos románticos... porque si mosca nos pica, coces propinamos como asnos que somos. ¡A callar, que en mí bordo mando yo y sólo yo!

Despedían tal amenazadora luz los negros ojos del pirata, que el marqués retrocedió unos pasos y aceptó sin rechazarlo el prudente abrazo de su esposa y de su hija.

—Velos, Diego Lucientes. Caro habrían pagado el rescate. Por su precio puedes tratar de trabar amistad con la hija del señor muy

excelentísimo Genaro del Aguilar.

—Fué locura de estudiante, mi señor. Ante ella quedé plasmado en la peor de las varoniles posturas, y hombre apaleado es ridículo para siempre. Por tanto, más que nunca, ella, Sonsoles del Aguilar, es mi amada imposible.

Listo eres, estudiante. Otro punto más de común conmigo. Señoras, pronto pisarán tierra noble, y recuerden siempre que la vida deben a Diego Lucientes, que afrentas sabe pagar con real nobleza de espíritu, que mejor es, a veces, que la nobleza de los pergaminos.

Saludó el Pirata Negro y abrió la puerta. Diego Lucientes vaciló y al fin inclinóse también ante Sonsoles del Aguilar.

—Permíteme que te tutee, Sonsoles. Nunca más nos veremos, pero recuerda sólo que de alma cruel es reírse ante hombre apaleado, cuando daños recibe por poesía que con alma infantil escribió. Adiós.

Cerrada la puerta sobre los enmudecidos aristócratas, el Pirata Negro dió un amistoso empellón en el hombro del estudiante.

—Aún estás a tiempo, bachiller. Ella es bonita, y quizá podría olvidar que en ridículo te conoció, porque acaba de conocerte de caballero cabal. Intenta... Dedícale nueva poesía.

—Sólo al mar quiero querer, señor. Y déjame pelear siempre a tu lado. Aun mucho he de aprender en lo tocante a ser caballero cabal

—Dije ya que adulón me parecías, pero tu cara de granuja amable lo redime de tal pecado. ¿Quedarte, pues, quieres conmigo?

—Sí, señor dijo fervientemente el estudiante—.Y sólo pido muerte a tu lado.

—Di mejor vida bravía, arrullada por la sincera canción del mar.



Y sólo fué “Cien Chirlos” el que en tierra dejó a los asombrados aristócratas.

El “Aquilón”, velas hinchadas, desapareció en el horizonte arrullado por la bravía canción del mar.



Notas

[1] Histórico. "El Bechemer" fue el primer esperanto, con predominación de léxico español y que era hablado por piratas de toda nacionalidad. < <

[2] Ver el volumen de esta colección “Brazo de Hierro”. < <